

EL DEFECTO DE NARCISO

JESÚS AMALIO LUGO

ILUSTRACIONES
BELTRÁN SÁNCHEZ



CUENTOS

LP5
EDITORIA

EL DEFECTO DE NARCISO

© EL DEFECTO DE NARCISO
© Jesús Amalio Lugo
© Edición Digital, 2020

LP5 Editora
Colección Narrativa para descargar

Diseño de portada y maquetación de Gladys Mendiá
Ilustración de portada e interiores: Beltrán Sánchez

EL DEFECTO DE NARCISO
está publicado bajo la licencia Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada
4.0 Internacional License.

Fox Island, WA, USA, 2020



EL DEFECTO DE NARCISO

Jesús Amalio Lugo

Ilustraciones: Beltrán Sánchez

Para Angélica, Michelle, Cristina y Grecia,
por haber leído estos relatos incluso más que yo



«... no era un genio, pero tenía un encanto especial.

Claro que los hombres y mujeres guapos suelen parecer criaturas especiales con una frecuencia sorprendente, mientras que los feos tienen que sudar tinta para demostrar sus cualidades.

Tendemos a atribuir a la belleza virtudes ajenas a lo meramente físico, como si los seres hermosos en la carne tuvieran que serlo también en el espíritu.

Y así, del guapo no solemos decir que es guapo, sino justamente todo lo demás, qué inteligente, qué elegante, qué estilo, qué serenidad, qué simpatía, qué bondad. Luego puede ser un asesino en serie como ese psicópata de *Milwaukee* que descuartizó una veintena de adolescentes; pero qué perfil de ángel poseía, qué ojos azules tan inocentes, qué labios tan perfectos para besar bebés»

Rosa Montero.

«Pues sólo la
belleza, Fedón mío, sólo ella es amable y adorable al propio tiempo.
Ella es, ¡ójelo bien!,
la única forma de lo espiritual que recibimos con nuestro cuerpo,
y que nuestros sentidos pueden soportar.
Pues ¿qué sería de nosotros si se nos apareciese lo divino en otra de sus
manifestaciones, si la razón, la virtud y la verdad
se nos presentasen en formas, sensibles?
¿No arderíamos y nos disolveríamos en amor como otra época ante Zeus?
La belleza es, pues, el camino del hombre sensible al espíritu, sólo el camino,
sólo el medio, Fedón...»

|La muerte en Venecia, Thomas Mann.



LA PASARELA DE LOS SEDENTARIOS



El presentador enciende el micrófono y apunta la lámina:

Llegará el día en que las cosas, como si de oro se tratara, serán valoradas de acuerdo al peso que las constituye. Esto, presumiblemente, será resultado de alguna filosofía de esas de moda que desfilan pedantes en las pasarelas de las mentes modernas. Con mucha lógica, dictará que la prueba de la existencia es la materia, por consiguiente, lo que no tiene materia no existe. Hasta ahí vamos bien, pero —como en el caso de cualquier corriente de pensamientos— la interpretación abrirá cancha a la ambigüedad y luego a la deformación total de la idea madre.

Resulta que, siendo verdadero el asunto de: materia=existencia, es válido concluir entonces que lo que posee más materia existe más, mientras más espacio ocupe más vida tendrá. Por ende, para vivir una existencia al máximo es necesario acrecentar la materia al máximo.

El cambio no sólo permanecerá en la seguridad de los pensamientos, ya que lo que se piensa, al no tener materia, no existe. Se verá reflejado de forma física, el ser humano intentará alcanzar las fronteras corporales de la propia existencia, en otras palabras: engordará.

Presumirá orgullosamente la ventaja de la grasa y su capacidad de ocupar espacio. Su forma de vestir también tendrá modificaciones. Los pesados trajes de pieles serán las ropas de diarios y las molestas botas militares, puntas de acero, eliminarán del mercado a las zapatillas. Las modificaciones además de físicas serán lingüísticas. Y no me refiero al uso de expresiones tales como: *¡Me tengo que deshacer de unos kilos de menos!* Sino a reestructuraciones de la lengua misma, en principio todos los diminutivos se considerarán groserías y formas peyorativas de referirse a las cosas, por consiguiente no los validará la academia de la lengua. Inclusive, ciertas palabras como “bonita” o “principio” por parecer tanto diminutivos se intercambiarán por “bonota” y “prinzipio”, respectivamente. De forma colateral e irónica la gente comenzará a morir joven e infartada, un detalle insignificante puesto que el vivir no será cuestión de tiempo sino de espacio.

El arte, siempre moldeable ante los cambios sociales, será otra víctima de la cargada moda. La literatura perderá significado. Leer equivale a imaginar, e imaginar no puede medirse en gramos, no ayuda a la existencia y, por lo tanto, es prescindible. Pero no entren en pánico fanáticos literarios, el libro como objeto preservará cierto valor y a pesar de que algunos libros cortos (como el *Principito* o *Memorias de Mamá Blanca*) no volverán a ser leídos, otros como *El Quijote* o *Los Miserables* aún estarán en la cúspide de la literatura, pues objetos tan orondos merecerán ser admirados.

La música, sin dudas, se afectará más que las otras artes. La levedad de los sonidos será su perdición y las personas concluirán que admirar la música equivale, literalmente, a admirar el aire, una idiotez sin lugar a réplicas. Pero que no se desanimen los fanáticos musicales, ciertos instrumentos preservarán valor como objetos y se expondrán en galerías pianos de cola o violonchelos, ya que, ignorando la función por la cual fueron construidos, su robustez será meritoria de todos los aplausos.

Las cosas no estarán del todo perdidas para el arte, otras formas artísticas, como la escultura y la pintura, se elevarán por encima de las demás. Vean cómo se pasearán las señoras rotundas, con sus trajes rotundos, mirando las enormes pinturas al óleo, o las gigantescas estatuas. Siempre detallando, más que forma o fondo, los números en etiquetas de acero que reflejan el peso de las cosas. *¡Una hermosura!*, exclamará sin aire una de esas señoronas ante las dos toneladas en letras doradas.

La ciencia no estará exenta a dichos cambios. Siendo ésta tan objetiva y desde nuestro tiempo afanada en medir, pesar y valorar numéricamente los fenómenos, sustituirá algunas sustancias livianas por otras de mayor aplomo. En la industria farmacéutica, siempre cuidadosa en estampar sus químicos en gramos, quebrará por ser las pastillas (llamadas ahora pastollas) tan poco pesadas y los tratamientos a enfermedades implicarán procedimientos donde equipos metálicos sean fundamentales para la cura, donde palabras esdrújulas como “quirófano” o “quirúrgico” encierren la solución a las afecciones.

Sí, la realidad estará severamente afectada por la sed literal del ser humano de ocupar espacio. Por suerte, ciertas cosas, como sentarse a admirar el paisaje, nunca se olvidarán. Miren pues a ese hombre. Un hombre rotundo, puro rollo y cachetes, sentado en un banco rotundo, de una plaza rotunda. Les ahorraré la descripción de la plaza por considerarla hoy en día poco estética y digna de ser mencionada. Me permito sólo contarles que no hay muchas mariposas, las personas generaron cierta aversión hacia ellas. Los parques están poblados de otro tipo de animales como los avestruces. Sin embargo, una diminuta, amarilla y alada amiga apenas perturba el aire frente al monstruoso señorón sentado que abre mucho los ojos al verla. Desea espantarla pero poco puede mover los troncos aguados que tiene por brazos.

— ¡Qué asco!, 0,70 gramos, es tan ligera que casi no existe — alcanza a pensar antes de que su corazón reviente apachurrado de tanta existencia.

BODY PAINT

«Pinto autorretratos porque estoy gran parte de mi tiempo sola,
porque soy la persona a quien mejor conozco.»

Frida Kahlo.



Un día quise ser pintor.

Como investigador decente que soy y con la omnisciencia de *Google*, me empapé en la historia, técnica, estilo del arte pictórico. Lástima que el saber en el arte es solo la silla donde el talento se sienta; y mi talento con el pincel equivalía al de un niño de cinco años con Parkinson. Desalentado, y con la dignidad embetunada desde los dedos hasta las pestañas, decidí que la pintura no estaba preparada para mí y que mejor me dedicaba a otro arte visual donde hiciera falta menos predisposición genética, como la fotografía. Pero la geometría y la irrealidad de la imagen me habían asaltado los sesos. La inteligencia espacial me mostró un mundo de mentiras cromáticas, una develación que me agredió en el patio mientras mamá regaba las plantas, a un metro de la vecina, que hacía lo mismo del otro lado del cerco.

La sorpresa se atoró en mi diafragma por dos segundos; al momento en que mamá argumentaba sobre la forma correcta de abonar los claveles, una pequeña grieta insonora le abrió surco desde el cuello hasta los tobillos, ramificándose como telarañas sin hacer discriminaciones entre piel y tela, como si su vestido y su carne tuvieran la misma consistencia: la del óleo seco y expuesto al sol. Mamá era un autorretrato de mamá, un *mamá* original, una pintura costumbrista, que fingía ser cotidiana delante de la vecina. Pero la otra mujer era a su vez un cuadro de Botero, lleno de dulces rollos y sin ángulos agudos. Ambas eran retratos de ellas mismas. Habían encerrado, en marcos invisibles, versiones coloridas y falsas de sí, para recibir halagos de una

crítica que podía estar al acecho. Sin embargo, preocupadas en mantener la frescura en el lienzo, se les olvidaba que los ojos de los retratos están ciegos y, por lo tanto, ninguna podía apreciar la calidad artística de la otra. Un esfuerzo sin sentido.

Repelido corrí a la calle intentando alejarme de la anomalía.

Fue peor. El camino era un paisaje lleno de paisajes, los peatones marcos andantes, un par de ciclistas surrealistas, vendedores de frutas y naturalezas muertas, algunos oficinistas sacados del romanticismo. Un universo de colores y técnicas, cuya hipocresía era perturbada por el calor sofocante del sol oculto. Ellos eran sinvergüenzas, cuando la pintura fallaba y alguna emoción les descolocaba la pose (nunca pude notar de dónde), sacaban un pincel y con un par de trazos disimulados volvían a la galería; literalmente autorretratos: pinturas que se autopintaban. La verdulera daba brochazos abultando a sus papas y a sus tetas, intentaba mejorar su venta; un chico que paseaba a mi lado se dibujaba un anillo de compromiso y otro agregaba retoques de pedigrí a su perro con crayones de cera. Era el extremo del cinismo, cada uno era su caricatura. No existía una sola pizca de sangre entre tanto pigmento. Quise gritarles: *¡descubrí todo!*, arrojarles removedor, arrancarles las escobillas para que el sol los deshojara sin retoques. Pero llegó la lluvia.

Cayó arrepentida, disculpándose en cada gota, por ser siempre colateral e inoportuna y más en un mundo de bosquejos. Sentí satisfacción viendo como huían derritiéndose, gritaban y buscaban refugio dejando tras sí una estela de mentiras acuosas. Un arcoíris derretido se formaba en el asfalto, lo aprecié gustoso viendo cómo la lluvia, sin intentarlo siquiera, develaba lo mediocre de su belleza, tal vez -pensé- la verdadera belleza sea sólo aquella que después de la lluvia sigue siendo bella. Luego vi mis pies. Mis zapatos comenzaban a dispersarse arrastrados por la corriente. Mi piel era arrancada por las gotas, me volvía un lienzo en blanco.

No sentí miedo, solo comprensión, resignación. La trementina y el pigmento de mi retrato cedieron sin miramientos. Yo siempre había sido una mala imitación de una pintura de Dalí, con incongruencias y contradicciones me exhibía todo, sin revelar nada. Esta mutación en acuarela me la merecía. Sí, desaparecía, moría, pero era solo un retrato y podía pintarme otra vez mañana. Pues, antes de salir, a mi verdadero yo (martillo, miedo, clavo y carne) lo dejaba a salvo colgado en galerías oscuras, crucificado diariamente en las paredes de mi cuarto.

LO QUE SE ESCONDE DETRÁS DE LA LUZ

I

El oftalmólogo es excelente observador. Filantrópico visitaba huérfanos. Entre montones de pupilas fue eludido por un par, capaz de distinguir letras a distancia y tonos de colores tan similares que para otros eran los mismos.

II

El oftalmólogo no iba a ver su fenotipo estéril. Conversa, acuerda responsabilidades, regaños y caricias parentales. Busca los ojos perfectos de visión sobrehumana. Lo trae a casa, lo hace suyo.

III

El oftalmólogo ve para creer. Colecciona fotografías, balones, exámenes de agudeza visual, presume un cuarto cono en la retina, una capacidad extraordinaria nunca vista en la visión de un infante. Prepara experimentos, no juega al fútbol, impone dietas, premia los resultados positivos en test, no las notas de la escuela. El niño comienza a sentirse ratón.

IV

El oftalmólogo no lo vio venir. Catástrofe, pesadillas nocturnas, padres en pasillos de carreras a medianoche. El niño grita, teme a lo que no ve, detesta el color oscuro. Exige que enciendan la luz pero la luz está encendida.

V

El oftalmólogo no ve la solución. Ojos que no ven corazón que no siente, pero el niño ciego llora.

VI

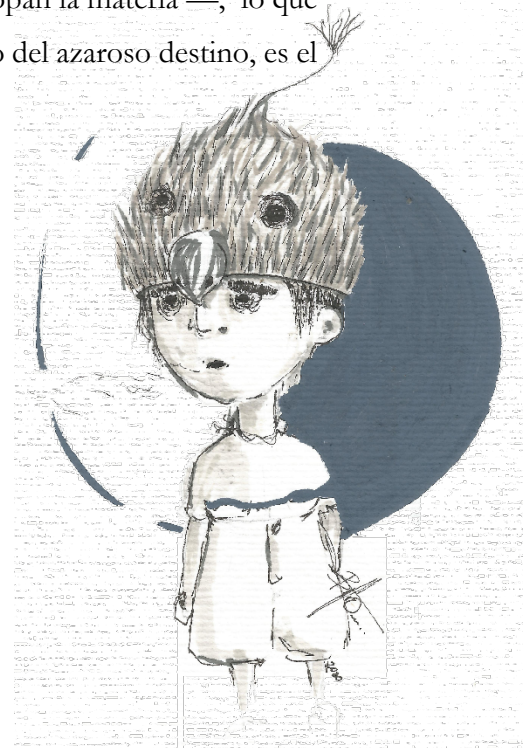
El oftalmólogo no le quita los ojos de encima, se impone la bata, lo toma del brazo y lo sienta. No hay razones hereditarias, ni miopías, ni rinitis, ni cataratas congénitas. El nervio no se atrofia, no es posible retinopatía diabética ni oncocercosis, no hay tumores, no hay cáncer, sólo una insondable y sombría venda.

VII

El oftalmólogo se vuelve partidario de causas desconocidas. El niño no tiene nada, pero no ve nada, debe tocarse las mejillas para descubrir el llanto. Había planes, países, películas, rostros que estaba destinado a conocer, ahora se inactiva a medias, será un humano inconcluso.

VIII

El oftalmólogo lo ve todo claro. Comprende, no hay otra explicación. El niño ve. Sus ojos superan cualquier rigor físico, ve, exactamente ve lo que ve: oscuridad. No está ciego, vislumbra entre las hebras de formas y luz —espesas cortinas que arropan la materia —, lo que se esconde detrás: una penumbra galáctica; y él, profeta desafortunado del azaroso destino, es el primero en observar la nocturnidad perenne disimulada por la luz.



TODO SOBRE NATY

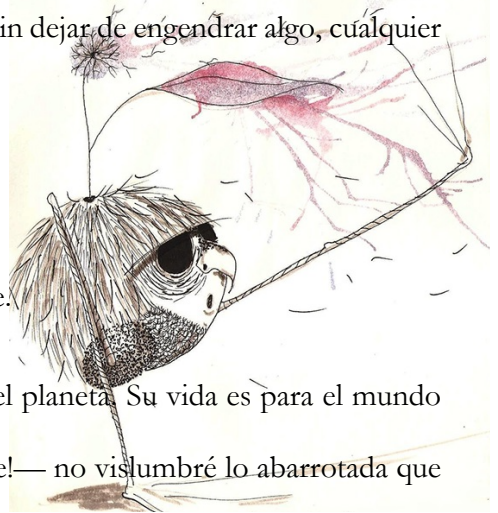
«Siento su multitud.»

Jorge Luis Borges.

Mi amiga Naty asegura que: no se puede tener sexo sin dejar de engendrar algo, cualquier cosa.

—¿No puedes explicarte mejor?

— Podría intentarlo, aunque a mí nadie me entiende.



Naty presume ser la persona más incomprendida del planeta. Su vida es para el mundo una adivinanza. Cuando la conocí —¡A mí nadie me conoce!— no vislumbré lo abarrotada que estaba de gente. Sin hacer referencias a múltiples personalidades o trastornos bipolares, Naty jamás está sola. Suele describirse a ella y a sus acompañantes como “un racimo de uvas”. Atrapada día y noche en una masa de personas que se mueven y hacen bulla solo para ella.

—¿Verdad, Naty?

—Yo conocí a un oso bipolar una vez que decía vivir al mismo tiempo en el norte y en el sur.

—Pero los osos no hablan.

—Yo no estoy loca, sé que no hablan. Me lo escribió en una carta de amor. Era poeta, fue una bonita relación.

—¿Pero te atraen los osos?, pensaba que eras lesbiana.

—Obviamente era un oso hembra.

—¿Y cómo terminó todo?

—¿De qué otra forma iba a terminar? Los polos están muy lejos, se enfrió la relación.

Naty, en definitiva, carece de amores estables; aunque siempre está enamorada. Lo único consistente en su vida amorosa son las mujeres. Ella se considera mujer de una sola dama. Y desde los siete años cuando le confesó al cura, entre clases de catecismo, sus extraños sueños eróticos con la virgen María, ha decidido resguardar un poco su secreto.

—¿Te hizo daño?

—Me obligó a tomarme tres litros de agua bendita para que orinara al diablo.

—Qué horror.

—Sí, sí, la religión me ha hecho perder la fe en los curas— asegura mi amiga mientras se soba un seno.

Desde que somos amigos los amores de Naty han sido motivo de profundas depresiones. Y es que, de hecho, no han sido muchos. Tampoco ha tenido una vida sexual demasiado movida.

—Seamos claros, he hecho el amor cuatro veces con cada una.

—Entonces, supongo que tienes doce hijos.

—En realidad son trece, y no son mis hijos.

—Ayer me dijiste que nacieron de ti.

—Sí, pero no los parí. Y no es lo mismo. Ni siquiera son personas.

— ¿Entonces qué son? Porque debemos llamarlos de alguna forma para la continuidad de la entrevista, ¿“fecundados” te parece?

—No, no, ellos son mis *Casos*.

—Suenan un poco ridículo, Naty.

—Por supuesto que te suenan ridículo, eres hombre, y a mí nadie me entiende.

Nos miramos ambos con desaprobación unos segundos, y continuó con la historia:

Los Cosos de Naty comenzaron a nacer cuando tuvo su primera relación sexual. Inesperadamente de un jalón de pelo el coso la tiró de la cama y se le montó en el hombro izquierdo como un loro.

—Es el que más habla, aunque no le entiendo nada al pobrecito, sospecho que se comunica en sueco.

Ese primer Coso la alertó de las consecuencias insospechadas de su sexo no seminal, donde siempre termina por nacer algo.

—Y lo peor es que la gente no se da cuenta, pero cuando uno hace el amor acaba por reproducirse, es biológico e inevitable.

—Naty, no obstante, biológicamente dos mujeres no pueden tener un hijo.

—Ya te dije que no son mis hijos. Y no importa que sea hombre/hombre, mujer/mujer hombre/mujer, con condón o sin condón, algo nace. Solo que algunos los vemos y otros no.

De aquel romance a Naty le quedaron tres Cosos. Y comenzó a sentirse un poco pesada al caminar con esas presencias enchufadas todo el rato.

— ¿Y tu pareja no los vio?

—Nunca, porque no le interesaron. Era una fingidora. Nada de la relación le interesaba.

—Si te consuela, Alexandra jamás me cayó bien.

—¡No digas su nombre que los Cosos entran en pánico! —. Luego de media hora en la que mi amiga Naty se acurrucó con los oídos tapados ante gritos que, en apariencia, solo le afectaban a ella, pude proseguir recolectando información.

En las sucesivas relaciones siguieron apareciendo estos Cosos justo luego de tener sexo. Y para consternación de Naty nunca se superponían o desaparecían, sino que se sumaban.

—Todos encima, todo el tiempo; igualita a un racimo de uvas, no vale. Si supieras lo difícil que es pasar por las puertas con el montón de gente que soy. Alimentarlos es otro problema.

— ¿Y comen?

—Sí, pero solo piezas repetidas de rompecabezas, es un suplicio encontrar comida para los trece.

— Aun no entiendo por qué son trece...

— ¿Por qué más? Por el bastardito.

Este peculiar coso de Naty no nació de una relación sexual, o bueno, más o menos. Cierta noche compartía cama con su hermano, el menor, y no aguantó las ganas de masturbarse.

—Fue todo un pajazo, pero al final sentí raro y estornudé. Mi hermano despertó, pero no se fijó en nada extraño. ¿Sabes? Ahora que lo pienso, el moco que boté era un poco raro, tenía así como una carita de gente.

—¿Te refieres al moco vaginal?

—No, no chico, el del estornudo.

El coso incestuoso la saludó con sus ojitos de sapo mortífero a la mañana siguiente.

—Me dio un susto, es el más feíto, pero le tengo cierto cariño.

—¿Cómo son?

—Pues, los Cosos son como yo, pero de un metro aproximadamente, con picos de pájaro y cabezones.

—Entonces todos son iguales...

—Al contrario, cada uno es diferente.

—Físicamente, me refiero.

—Yo también.

La miro extrañado.

—Yo sé lo que dije, a mí nadie me entiende—. A lo que mi amiga se reía enojada por mi incomprensión. Al salir por la puerta, procura hacerlo primero mirando bien de cerca las medidas del marco, hasta que finalmente cruza de perfil con mucho cuidado para que quepan todos los Cosos.



Continuando con la entrevista, Naty, ya menos enojada, me confiesa que tuvo miedo de volverse a masturbar luego del nacimiento del coso incestuoso. Sin embargo, encontró la solución masturbándose por el culo.

—Es de un bueno —afirma mi amiga mostrándome el dedo del medio—. Lo único malo es que da risa. Lo hago frente al espejo, y al verme así con las piernitas al aire, no puedo dejar de recordarme a un pez globo, mira así. Me ilustra Naty inflando mucho los cachetes y llevándose el dedo a la boca: ¡es divertidísimo!

Pero lastimosamente muy poco es diversión en la vida de mi amiga, como lo mencioné antes sufre de profundísimas depresiones en las que no puede ni moverse, afirma que hay días que es movida por los Cosos. Que incluso anda inconsciente por la calle y ellos, como titiriteros, son los que hacen que cumpla sus funciones motoras. Lo único extraño que notan los demás es que la ven ojerosa y quejándose en sueco.

—Es que todos nacemos con una función, la mía es amar. Si no amo me siento inútil. ¡Dime con trece bocas que alimentar! A mí nadie me va a querer— Lloro Naty. —Es que ni uvas parezco, así tan rodeada y vacía luzco más bien como un racimo de cocos.

Ella sufre porque no ha tenido buena suerte con sus amores, a pesar de serles fiel hasta en el inconsciente. Todas se terminan yendo y dejándola con más carga. Por ello ha decidido tomar cartas en el asunto, y no precisamente cartas de amor. Para encontrar a la mujer de su vida ha comenzado una búsqueda más bien espiritual. Ha aprendido a ver los colores del alma ajena en un tutorial en *youtube*.

— Solo las almas magentas conectan conmigo.

—¿Y funciona?

—Por supuesto.

—¿De qué color es la mía?

—Los escritores no tienen alma— responde tajante.

También de un libro que probablemente inventó (¡Es que no recuerdo al autor!) sacó la idea de que el amor tiene ochenta y siete piezas y puede engranarse como un rompecabezas. Presume saber, con tan solo ver fotografías, si las piezas de sus posibles conquistas encajan con las de ella o no. Yo me figuro que todas estas teorías son sólo excusas para no enseriarse con nadie, por temor a generar nuevos Cosos. Pero ante cualquier refutación de mi parte, asegura que no la entiendo, ni a ella, ni a las teorías.

Desgraciadamente las entrevistas debieron posponerse. Pues la madre de mi amiga Naty tuvo la facultad inesperada de ver sus Cosos, y enojada ante la promiscuidad tan arrolladora de su hija (¡trece veces por Dios santo!), la mandó a un convento de monjas para saldar sus faltas.

—¡Pecados mortales y aún soy virgen!

Lo único bueno, me escribió en una carta, es que ella se quedó con todos mis Cosos, y ya no siento la carga encima, aunque admito que a veces los extraño. Sé que están en buenas manos, las abuelas saben cómo cuidar de sus nietos. Pensé que no eran tus hijos. Y no lo son, a mí nadie me entiende, mejor no me escribas más. Me respondió en la última carta que le envié.

El día de ayer me pareció verla sentada en un banco solitario en la catedral. Estaba vestida de sotanas y reía a carcajadas ocupando, de alguna forma, ella sola, toda la fila posterior de bancos de la iglesia. Entendí al verla tan feliz que quizá ya había encontrado el amor. Tal vez en Dios.

Aunque analizándolo mejor, estando tan sola y a la vez tan apretujada, comprendí que de seguro ya alguna monjita la había llenado de gente.



ENSAYO SOBRE LOS HIPOPÓTAMOS

Entre la lista de temas, estaban por orden de prioridades: las becas estudiantiles, ya sin cupos los alumnos hacían fogatas en las afueras del rectorado con eslóganes ofensivos y chocantes. La filtración de los baños en educación, donde largos pasillos lloraban la pintura, y el olor asfixiaba las clases magistrales del profesor de fonética. Los filtros deshidratados de las canchas, que mantenían como perros acezantes a los estudiantes de deportes. El consejo de áreas podía terminar, como casi siempre, en un suspiro larguísimo a falta de soluciones, pero debían discutir, para eso estaban los decanos, el presidente estudiantil, y la secretaria de rectoría, lista para asentir y comprender, a la que ocupaba el puesto de al lado, y la imantaba con el movimiento de sus gestos: la rectora.

Se levanta y da la bienvenida, repite los nombres de cada de uno —recién aprendidos antes de entrar—, y comenta alguna que otra cosa para solventar la familiaridad. Se da media vuelta, y antes de que alguno sugiera por dónde empezar a debatir el futuro de La Magnánima Universidad, impone el tema. Con letra clara, enorme e imprenta, bastante infantil, como si fuese un juego, una broma, ataja la atención de todos, mientras la decana de educación se limpia los lentes con un pañuelo, —que lleva para sacarse los mocos y estornudar sonoramente cuando algún tema le aburre— la rectora, le da la cara al público y con voz afligida, pero potente, deja en claro la veracidad de su decreto:

—Ya no podemos seguir posponiéndolo, debemos resolver el asunto de los hipopótamos.

La rectora mira severamente a todos esperando una respuesta, nadie dice nada. El presidente estudiantil, se quita la gorra y se rasca extrañado, la secretaria confusa y muda, anota con letra nerviosa y azul: Asunto de los hipopótamos.

—Estoy cansada, tantas ocupaciones y responsabilidades que tengo, y aun así me toca lidiar con los hipopótamos. Qué se han creído, que por ser rectora lo puedo todo, o lo debo todo, no señores. Hay que encontrar la forma de deshacerse de esos animales. Es un martirio, comen demasiado, me ensucian el carro, no me dejan dormir, en la noche gimen y mojan la

cama. Ya está bueno, La Magnánima universidad está en el deber de relegar a los hipopótamos, mucho los he consentido hasta ahora.

La decana de salud, a la que todos llaman doctora, creyéndola cirujano, pero que en realidad es abogada, y nada hace para despejar ambigüedades, apenas sale del estupor, verifica que no es un chiste, y al percatarse del afligimiento de la rectora, aprovecha como siempre su espíritu democrático, —que muy pocas a veces acierta en solucionar y termina por volverlo todo una telaraña intransigente de opiniones— para resolver que: ella la entiende, que el hipopótamo no sólo es incómodo sino violento, responsable de más muertes en África que los leones, sí, sí peligrosísimos, pero que como todo, hay que someterlo a votación.

El decano de ingeniería, que secretamente no sabe mucho de números pero es bastante calculador, desdeña la sugerencia con un gesto, y asegura que primero hay que encontrar quién autorizó esos hipopótamos, bajo la gerencia de quién llegaron a la responsabilidad del rector, y si acaso fueron donación del estado, o se invirtieron inútilmente valiosísimos recursos de La Magnánima para obtenerlos, que había que meter presos a esos irresponsables de la gerencias pasadas, como siempre, culpables, que dejaron que se traspapelaran esos hipopótamos.

La decana de posgrado, acostumbrada como todos, a las condenas legales y poco serias del decano de ingeniería, lo ignora para preguntar, no qué son exactamente, por no pasar por ignorante delante de sus colegas, que aceptaron cómodamente la existencia de mamíferos obesos en las discusiones del consejo, pero sí cómo son, de qué tamaño y de cuántos hablamos.

La rectora lo piensa por un instante:

—Bueno, son como así de anchos, quizá un poco más allá de mis brazos estirados, siempre están húmedos, por eso brillan. Son dos, supongo que uno es hembra y el otro macho, jamás lo he verificado, pero lo asumo por la algarabía erótica que entonan en las noches, a menos claro que sean hipopótamos homosexuales. A uno le falta un diente, o quizá lo tenga roto, no me acerco demasiado por temor a perder la cabeza de un mordisco, y honestamente, tienen el aliento fatal. La verdad, no son tan malos, son hasta mansos, y cuidan la casa mejor que cualquier perro. Lo malo son las escaleras, tres pisos, ¿ven? Bajarlos es una odisea safari, el macho es flojo, y por lo mismo que es flojo sé que es macho, a veces me toca cargarlo, y después no aguanto la cervical en todo el día, me gustaría cuidarlos, es más son como mis hijos. Pero últimamente están

rebeldes, y ya me la tienen montada en el condominio, a fin de cuentas son propiedad de la universidad ¿cuánto tiempo más los puedo tener en el departamento antes de que me acusen de robo? Prefiero relegarlos, porque aquí todo el mundo se hace carga, pero nadie se hace cargo.

Hacerse cargo genera un alboroto en la reunión donde de golpe todos hablan a la vez, y nadie se escucha, que busquemos al culpable, que vayamos a lanzarse los hipopótamos al corrupto ese del rector pasado. Mejor que no, vamos a someterlo a votación, señores, ¿votación para qué? Bueno vamos a someter a votación qué vamos a someter a votación. Alguien estornuda sonoramente. Y en este punto todos se empiezan a llamar por sus primeros nombres, y hacen muecas de hastío como si vieran una película repetida, y dan hasta golpes en las mesas, y el presidente estudiantil comienza a llevar la contraria a unos y a otros, y vuelven a estornudar sonoramente, y se señalan y se ríen y afloran sucesos pasados como el bus ese para la boda de tu prima, o las fotocopadoras extraviadas misteriosamente en tu oficinita, o las becas de los primos de tu mujer, hasta que tímidamente la secretaria levanta un bolígrafo tembloroso.

Casualmente su suegra es la jefa del zoológico ese de la ciudad vecina, y que bueno que, quizá allá estarían dispuestos a recibirlos. La rectora asiente pensativa, mientras los decanos aún ofuscados la miran furibundos sin saber muy bien qué se hace con una idea cuando no se le ocurre a uno, hasta que el presidente estudiantil de La Magnánima Universidad, por primera vez en la reunión no lleva la contraria, y la apoya en nombre de los estudiantes, y hasta ofrece una comisión de alumnos para ayudar a trasladar a los hipopótamos, pero que primero le dé su número celular por, ya saben, asuntos de logística.

Y antes de que la secretaria, buenecita pero ingenua le empiece a dictar los dígitos, la rectora vuelve a intrigar al público:

—Es que, ahora que lo pienso, los hipopótamos son Bienes Nacionales, y no creo que sea posible donarlos, tocará intentar ver cómo los gestionamos aquí mismo en el rectorado. Con su permiso, voy a ir al baño, ahorita continuamos.

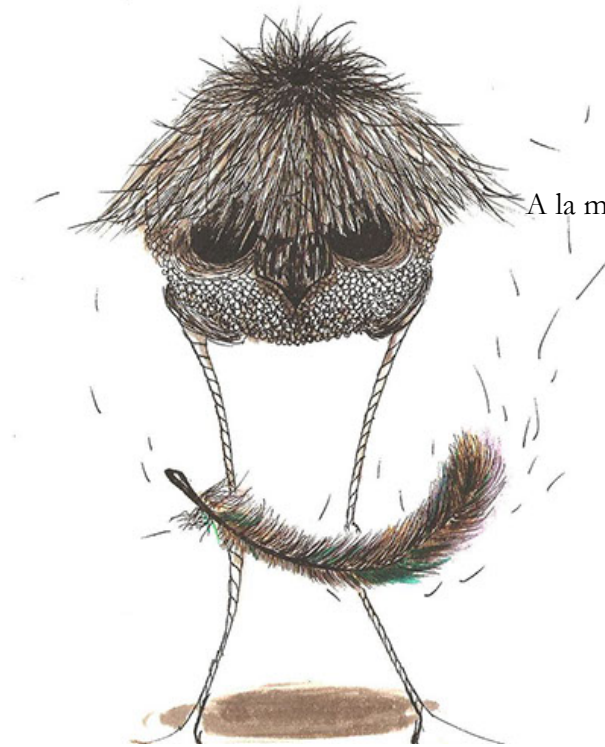
Y sale cabizbaja por entre los otros que se remueven aun molestos pero pensativos. Apenas cierra, no puede evitar destornillarse de la risa, mientras que desde el interior de la puerta se deja oír, como siempre, un larguísimo suspiro.

*

La actriz dijo al cirujano que deseaba no verse vieja. Éste mediante una sencilla operación obró el milagro: la dejó ciega



LA DURÍSIMA CABEZA DE LOS CACHICAMOS



A la memoria de Missouri (mi gato),
rayado, psicótico y perdido.

¡La hormona del edén!, con ironía le apodarían después para molestia del doctor Rousseau.

Siendo él un veterinario cansado de contemplar la estrechez de la mente animal, decidió desarrollar un medicamento capaz de acelerar e incrementar el proceso de aprendizaje de las bestias.

Solicitó en los periódicos animales tontos que personas ya hartas quisieran abandonar. La respuesta fue inmediata. Al día siguiente en la sala de espera encontró a cuatro perros dálmatas sin sentido del equilibrio, tres gatos gordos, dos cotorras mudas, y una bolita de escamas, un cachicamo, del cual nadie (ni enfermeras ni secretarias) supo darle nunca razón de procedencia.

Los experimentos comenzaron. A cada uno de los sujetos de prueba (entiéndase por sujeto a los animales) le suministraron una buena dosis de la hormona. ¡Fue como magia! El doctor se paseaba extasiado entre las habitaciones viendo la reacción en cada caso.

Nota 1: Los gatos a primeras horas establecieron comunicación con lenguaje escrito, una enfermera adivinó en sus garabatos la solicitud de un espejo. Aún no comen nada, luego de verse, no han parado de vomitar.

¡Impresionante! Desarrollaron conciencia de sus propias cualidades.

Nota 2: Los perros se mueven elegantemente en dos patas e intentan ladrar palabras humanas. Adicionalmente se han dividido. Tres de ellos aislaron a otro por tener las manchas incómodamente grandes.

¡Qué maravilloso, son conscientes de las cualidades de sus semejantes!

Nota 3: Las cotorras hablan con fluidez castellano y algunas expresiones en francés. Como dato curioso: se niegan a volar, lo encuentran demasiado riesgoso, y temen a las alturas.

¡Sin palabras! Suprimen sus instintos básicos usando el razonamiento lógico.

Nota 4: El cachicamo aún sigue hecho una bola, posible causa: demasiada estupidez.

Las comunidades médicas y de zoología se mostraron ansiosas ante los resultados obtenidos, y solicitaron al doctor la presentación de los animales en una rueda de prensa. Éste, nervioso y con ganas de sorprender, ordenó que se les inyectara otra dosis aún más potente de la hormona, y los encerró a todos en una sala de proyección donde se ilustrarían con la historia de la humanidad; desde la prehistoria, pasando por la industrialización, hasta la modernidad.

A las tres horas, el doctor entró al salón; encontró al cachicamo cerca de la puerta ensimismado en la tarea de comerse una cucaracha, negó con la cabeza exasperado. ¡La estupidez del cachicamo claramente era insalvable! Encendió la luz. Sólo se escuchó el aleteo de sus notas al caer, al descubrir que todos los demás animales se habían suicidado.

ESTATUA DESOLLADA

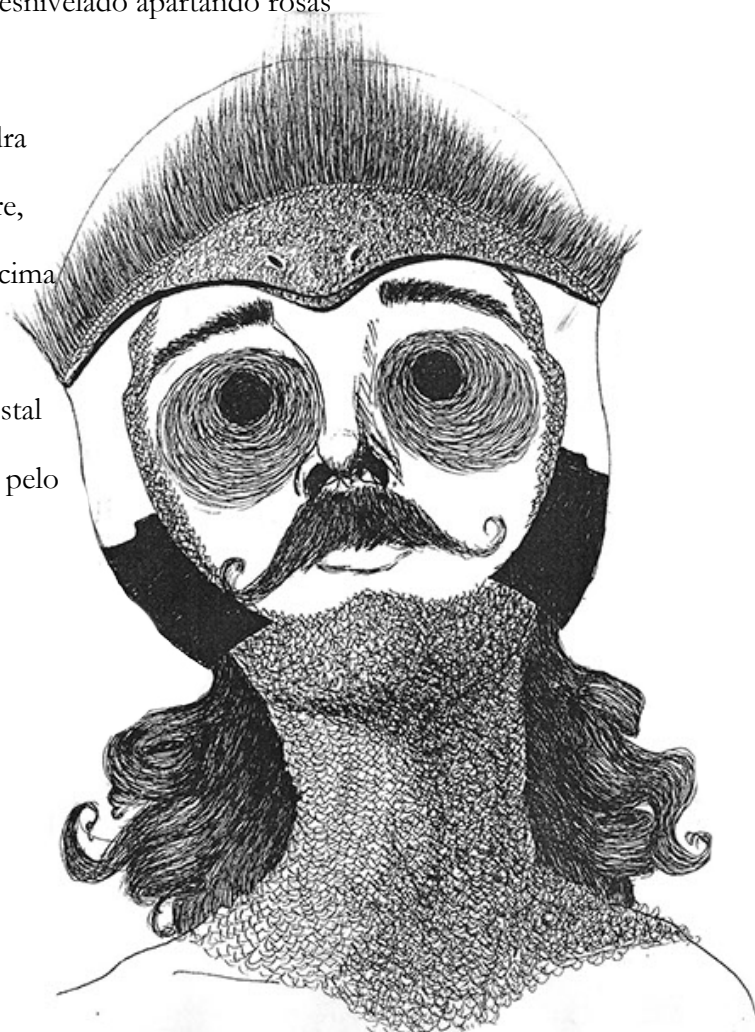
A Sami.

Cuenta la leyenda que un príncipe moro
cara de luna, ojos aborregados y piel desértica
tuvo la desgracia de estrenar sus pulmones con un infortunado atraso.

Nacido con su princesa muerta, vivió desnivelado apartando rosas
en busca de una ya seca en otra época,
acostumbrándose a recibir abrazos piedra
hastiado de que hasta el espejo le suspire,
deseando arrancarse dos mil ojos de encima
se transmutaba cada día en estatua.

Solo y glorioso apagó la luz de su pedestal
y convocó una noche eterna debajo del pelo

Dos siglos después allí está, otra
y
otra vez,
el príncipe,
insomne se va a la cama,
terriblemente consciente de que así,
desperdiciado
su belleza...es sólo piel.



GUAYABO HIPOALERGÉNICO



Su amor tenía un defecto. Sin embargo, como es bien sabido que el amor es perfecto, y no lo digo yo, sino Dios y —casualmente dicho también por Él mismo— Dios no miente. Digamos, para evitar la furia pronta e inútil de los creyentes, que el defecto lo tenía él.

El defecto no radicaba en los males comunes de los amantes: ridiculez, celos, ceguera, despilfarro y mentiras. Este defecto, único en su clase, era más bien físico. Se revelaba a las semanas o a los días, según el estado de hermosura y la candidez de la chica en cuestión, de comenzar el trayecto eufórico del enamoramiento primerizo.

Muy a su pesar, Valentín se enamoraba mucho y, más a su pesar aún, era constantemente correspondido; cuando afloraban los te quiero, dichos bajito como a los pies, semejante a la comezón antes de las llagas, Valentín presentía la llegada del desastre.

Quién se fijaba en Valentín asumía gustos convencionales. Él vestía trajes marrones de rayas, con la corbata justa y derecha apuntándole la hebilla del pantalón. Tenía las cejas como dos arcos celtas, mitológicos, y la sonrisa grande sostenida por dientes fuertes de muchacho

sano. Era viril y caballeroso, *la carga, señora, que ahí estorba un charco*, amable, *qué hermosa mañana como para ayudar*, y con destreza de torero al caminar, *un dos un dos ¡olé!*, rematada por su voz capaz de hacer cosquillas a los lóbulos y ondear faldas, todo un mozo. Hasta que cometía el desacierto de enamorarse. Cuando se enamoró de Milagros (por dar un ejemplo, pues lo mismo da que fuese Ana, Patricia, Miriam o Mariana, todo concluía igual) Valentín estaba cenando con ella en la terraza de los globos verdes, donde había la manía simbólica de soltar un globo y hacer una promesa para consolidar las palabras insensatas de los que aman. Ahí, mientras el globo emprendía un vuelo manso al cielo claroscuro de las seis, Milagros tomó su mano y con ojos de cabra herida le dijo: *te estoy queriendo, Valentín*. El globo oyó, aterrado, el corazón de Valentín latir veloz con palpitaciones de ratón o peor, de enamorado, y reventó. Al instante en que, como siempre, al comprender la certeza de su enamoramiento, a Valentín le picó la piel entera desde los pies hasta los pelos. Sus cejas arqueadas, como si soltaran la flecha tensa a sus bellos ojos, se quedaron rectas y despelucadas. Su mirada se enturbió enrojecida. Los dientes, antes perfectos, como soldados de la reina blanca, se congestionaban de ángulos, volviéndose anómalos, grandes y filosos asemejando a una yegua carnívora. Sus hombros se elevaron irregulares como cordilleras y miles de puntos negros y gordos como bachacos le conquistaron la piel. *¡Pero!*, exclamó la joven aterrada, *¡no se me acerque más o me lanzo!*, amenazó la chica con una pierna blanca apoyada a la baranda *¡Es usted monstruoso!*

Así, con una amenaza suicida, si tenía suerte, o de asesinado, si no, terminaban todos los intentos de establecer la cordialidad de los amores correspondidos de Valentín. Pues, éste, y temo chocar de obvio, era el defecto del muchacho: una idiopática alergia al amor, que lo volvía amasijo amorfo, carne nada agraciada, cuando su corazón le infectaba el cuerpo con la sangre del romance.

Enamorarse le anulaba la belleza. Lo volvía un energúmeno incapaz de ser correspondido por moza alguna. Estos desplantes venían seguidos de las peores temporadas de Valentín. Meses enteros de rechazos y fealdad, *sin el chivo y sin el mecate*. Despechado y deforme se enclaustraba en el convento del pueblo, donde las monjas ancianas, ciegas y sordas, intentaban convencerlo, por enésima vez, de que abandonara sus intenciones carnales y se entregara de lleno al amor de Dios, jurándole estar libre de cualquier enfermedad azuzada por mujeres. Él prometía pensarlo, y a los

meses salía curado del convento con sus cejas de cazador, vuelto al aro social con una promesa de cruz en el cuello y su sonrisa de Zeus relampagueando.

Valentín pasaba, mientras tuviera el corazón en calma, pocas noches solo. Evitaba encontrarse con mujeres sofisticadas o muy bellas, buscaba mujeres simples, incluso feas, que terminaban enamoradas perdidamente de él, cosa sin importancia, ya que el amor era inofensivo mientras no viviera en su pecho. Saciaba sus deseos y no lo hacía dos veces con la misma mujer, por temor al infortunio. Sin embargo, (como suele suceder en este tipo de relatos, en su mayoría garrapateados por jóvenes escritores de poca monta, que se pueden llamar Jesús o Amalio — por dar un ejemplo—, y harían más en invertir su tiempo ayudando a sus hermanas a pintar la casa o a recoger el patio; en vez de redactar cuentos cortos de resoluciones simples con larguísimos paréntesis concientizadores) encontró la excepción en una de esas muchachas de dos noches, sin ninguna cualidad real o metafórica, más que su enorme cara de pan dulce y su necio empeño de llorar si le besaban las axilas.

Valentín quedó prendado. Sin motivos trascendentales o carnales, de esa joven de faldas amplias que aceptó ir con él a la cama sin muchas explicaciones. Nada hubo de diferente en el acto o en la conversación, sólo un enamoramiento porque sí, un deseo desesperado de verla una tercera noche. Y ella halagada aceptó, sin sospechar el tremendo monstruo en que se transformó Valentín a la primera penetrada con miradas fijas. *¡Qué carajo!* Alcanzó a decir la chica mientras caía ensabanada al piso.

No me tema, Rosa, se lo suplico, rogó Valentín tapándose la vergüenza. *Si estoy feo es de puro amor por usted.* La muchacha lo miró anonadada más de sorpresa que de susto, apartó tres mechones de su frente, se levantó, hecha coraje y piernas, y dijo: *no se vista, que a mi encantan los hombres feos.*

Aquí tenemos la oportunidad perfecta para dar de alta el relato, dejarlo ir por allí con un final abierto, certero, algo feliz. Pero como Valentín no es del todo un personaje y sufre de los males de las personas reales —que muy pocas veces son los mismos males de las personas ficticias— debió tomar una difícil decisión, pues era feliz con Rosa, pero (¡la superficialidad!) era feo. Sí, aceptar a Rosa como su única mujer, capaz de amarlo con su cuerpo de energúmeno, lo

disminuía, lo condenaba a no ser deseado por ninguna otra. No resultó fácil elegir para Valentín, o era feliz o era bello. Cualidades que para otros son sinónimas, para él eran opuestas.

Al pesar un poco las circunstancias, observaba que tener la cara llena de barro negro era llevadero si había a alguien que se los besara, que le masajeara los hombros dispares, que le ayudara a cepillar su sonrisa de colmillos, que aceptara con gusto apretar su mano callosa sin apartarla asqueada. Era lo que soñaba. Por ello, después de algunos suspensos, decidió casarse. Tuvieron hijos —que a veces eran feos—, salían de viaje —cuando los defensores del ecosistema no trataban de detenerlo en las aduanas—, hacían fiestas —con poquísimos asistentes—, eran felices. Pero nada dura menos que un hombre conforme. Por ello a Rosa no le extrañó mucho encontrarlo insomne una madrugada, con la vista fija al patio y las cejas de cazador, otra vez, tensadas.

SI TE MATA, TE HACE MÁS FUERTE



Exactamente no sé dónde soy.

Conozco geográficamente el lugar en que pongo los pies, el sitio en que suenan mis palabras, pudiera señalar en el mapa donde titila mi vida, y donde se vive es donde se es. Pero intento ser más específico, me obligo a buscar el punto exacto en el que reside todo lo que me compone. Pues en el espacio en que vivo, seguiría siendo yo, a pesar de desprenderme de un brazo o una pierna, o un riñón, pero mortifica saber qué cosa en todo mi cuerpo significaría mi extinción total si no estuviera o cambiara.

Pretendo hablar de mi cerebro, esa masa de goma que tiembla misteriosa, que asumimos nuestra y que pensamos podemos controlar como a un brazo, como mover un dedo. Cuando realmente es lo puesto, él no es de nosotros, nosotros somos de él. El cerebro piensa, luego somos. Toda mi personalidad y mis recuerdos, mis sentimientos, mis decisiones, mis ideas, caben en un punto del tamaño de una nuez en alguna parte de mi cabeza que no puedo situar. Una pequeña ubicación permisiva que el cerebro escoge para hacernos creer, falsamente, los amos del cuerpo. Pero el cerebro es más grande, literalmente, que lo que somos, cumple otras funciones desconocidas, nos reduce a un diez por ciento de todo lo que abarca, y mantiene en misterio aquel otro noventa por ciento de funciones incógnitas. Mientras escribo esto deja crecer las ideas como pequeñas raíces eléctricas alrededor de mi nuez, y sonrío oculto dejándome pensar que esto se escribe por mi voluntad y no la suya, su maquinaria titiritera me manipula para redactar este escrito como si fuese mío. Me permite saber que dentro de mi cabeza hay una

conciencia más grande que mi propia conciencia, una conciencia que permite que mi conciencia sea. Un pequeño dios de neuronas para el que Henry Baez no es más que otra función biológica como el metabolismo, o la excreción.

Sí, siento que para mi mente yo soy sólo otra variable que controlar para que el cuerpo siga sobreviviendo. Estas ideas insubordinadas de ver lo que origina mis ideas como el dictador de la república anatómica de Henry, comenzaron unas semanas después de que se me ocurrió (o algo hizo que se me ocurriera) inscribirme en el gimnasio.

En mi cuarto hay un libro que huele a señora. Mi cama tiene estantes de gavetas a los lados, llenos de revistas y libros de fisicoculturismo que fueron propiedad de mi madre. De vez en cuando me daba por sacar aquel libro particular que lo hacía especial su olor a mujer amable. Ese libro que aún conservaba intactas hojas impregnadas de mamá. Y que de hecho nunca había leído hasta ese día, pues era un libro solo para oler. Sin embargo, había otros intereses, un hilo de ideas se iba enmadejando desde la mañana cuando advertí angustiado que ya dentro de un mes iba a cumplir 18 años y todavía era virgen, inclusive jamás había besado a nadie. Fue una mañana vergonzosa de verse en el espejo y sentirse feo y sin chispa, y atrasado, y de tomar determinaciones radicales que cambiarían para siempre mi vida, como la fulgurante decisión de inscribirme en el gimnasio.

Mi madre era de Barbados, una morena de ojos atigrados y músculos excesivamente marcados. Emigró del país con papá cuando quedó embarazada, pues mis abuelos jamás pudieron perdonar que otra cosa, además de los músculos, le creciera. Era alta e incómodamente fornida como suelen ser solamente los hombres. El fisicoculturismo era su pasión. Antes de la tragedia, en la sala de mi casa había fotos donde en una sus manos estoy yo de meses y en la otra una pesa de cuarenta kilos. De pequeño escuchaba divertidas anécdotas como la vez aquella, cuando en un descuido, me dio de tomar bronceado artificial y pasé cuatro días con la boca marrón, y la otra ocasión cuando, por error, al intentar inyectarme una vacuna me inyectó un ilegalmente efectivo esteroide, que ocasionó el surgimiento en mi cara de una barba larguísima y gris como de hombre sabio. Fui el primer niño de un año, en el mundo, en tener barba.

Tristemente los divertidos años que pasé con mamá tuvieron que acabarse pronto; cuando tenía cuatro años de edad mamá descubrió que papá la engañaba con una señorita

diminuta, femenina y delicada. Y en la acalorada discusión sobre el engaño de una cachetada le partió el cuello.

Siempre he sospechado que si las mujeres tuvieran la fuerza física de los hombres, estos serían más fieles, o por lo menos, más precavidos.

Mamá no pudo resignarse a ser detenida por asesinato, tomó sus pesas favoritas en un bolso deportivo, y huyó para siempre jamás.

Desde entonces me ha tocado vivir con mis tres tías gordas. Que nada saben de deportes o de gimnasios y quizá por lo mismo, han estado permanentemente solteras. Aquí, en esta casa de comidas grasientas y dulces, la palabra músculo ni se nombra. Y el tema del fisicoculturismo es un tabú de silencios y cambios rápidos de canales. Todos los aparatos y vestimenta de mamá fueron regalados a la caridad, así que no me extrañaría encontrarme monjas o huérfanos de bíceps marcados en las calles de esta ciudad. Lo único que dejaron como un recuerdo de la mamá asesina fueron las revistas que han estado engavetadas en mi cuarto.

Sabía que mis tías no iban a tomarse bien mi decisión repentina de inscribirme en el gimnasio, en vano intenté explicarles que en la actualidad ya los gimnasios nada tenían que ver con los deportes, que eran más bien como las peluquerías: sitios meramente estéticos, a los que ir cuando uno quiere verse mejor. Igual lloraron las tres al mismo tiempo, cosa común en esta casa, padecen la manía de hacer las tres, todo a la vez como sincronizadas, quizá más adelante pudiera escribir un par de cosas más sobre mis tías, ahora comienzan a invadirme de nuevo las ideas raras.

Tengo, o más bien, contengo casi 18 años, pero mis células están recién nacidas. Cada día que pasa nuestro cuerpo renueva, en un maratón de muertes y divisiones, las células corporales. No me queda una sola célula que haya estado conmigo el día de mi nacimiento; sólo copias más envejecidas de ellas mismas. Entonces, ¿dónde está la edad realmente? Que bajo ni un concepto es algo que se tiene, sino que se contiene, que se acumula en el interior del cuerpo como las manchas de arena que dejan las corrientes de agua al cercarse en la carretera. Esta sangre que corre por mis venas no es la misma que corría una semana atrás, sólo que es bastante parecida, idéntica. ¿Qué pasa si lo mismo ocurre con lo que somos?, ¿qué pasa si no soy el mismo

que era hace una semana, sino alguien muy parecido? Si mi cerebro me renueva con todos mis recuerdos de vez en cuando como una actualización del software, ¿será por eso que no siempre podemos recordar lo mismo? Tal vez sólo podamos recordar en determinado momento lo que nos permita la versión que en ese momento seamos. Es aterrador, las células mueren, se hacen nada, y no nos damos cuenta; es aterrador que así mismo nuestro cerebro nos pueda eliminar un día, nos asesine mientras durmamos, y en la mañana amanezcamos siendo otra persona completamente diferente, pero exactamente igual, como sucede con la sangre, o la piel. Y si el proceso de recordar y olvidar no es como pensamos que sucede, y si nuestro cerebro nos hace olvidar borrándonos del todo, y haciendo una nueva versión con todos nuestros recuerdos excepto el que ya le parece inútil... o peligroso.

¿Cuántas veces ya habré tenido este pensamiento antes y mi cerebro me ha “renovado” enviándolo a la nada?

¿Cuántas veces ya habré dejado de existir?

Escribo, dejo registro.

En el libro para oler había un número celular, ¡mierda!, biología por todas partes. Número telefónico. El señor que contestó manejaba un gimnasio y había entrenado con mamá, se mostró entusiasmado cuando le aclaré que era su hijo.

Admito que me daba vergüenza. Hacía todo esto para verme mejor, para poder tener sexo, para que voltearan a mirarme en la calle. Para resaltar. Incluso antes de irme, el primer día ya había abierto una cuenta en Instagram planeando comenzar a publicar las fotografías, como hacía todo el mundo— tres fotos por cada ejercicio. Y sí, era una costumbre criticada, la gente se burlaba y señalaba, pero a ellos, a los criticados, les funcionaba. Tenían más sexo que los otros, eran más vistos. En esta época si uno no es mediático, no es. Y yo quería ser. Era tan tonto en lo que pensaba en esos días, era tonto pero lógico. Para los demás uno es el cuerpo que ven, mientras mejor es el cuerpo mejor es uno, ¿no?

El entrenador era ancho. Verlo de lejos era como observar dos personas, con piernas de menos, abrazadas. Su cara, su torso, sus piernas estaban como estiradas a los lados, venosas,

como si en cualquier momento toda su musculosa anatomía fuera a dividirse, a separarse en direcciones opuestas. Creo que lo decepcioné, escrudíñó mis carnes blandas con cara de circunstancias, luego me señaló un par de máquinas, me asignó unos cuantos ejercicios y se alejó diciendo que en nada me parecía a mi madre.

Los primeros días fueron difíciles, todo me dolía, todo se me hinchaba, era la burla del gimnasio, el hazmerreír de esos ángeles con ropas ajustadas, abdominales y teléfonos inteligentes. Pero algo cambió en mí, un día fui mejor, se aligeraron los pesos, dejé de ahogarme en sudor. Empecé a hacer el doble de los ejercicios asignados, los demás comenzaron a palmearme la espalda cuando pasaban a mi lado, crecía y me endurecía, estaba que no cabía en las mangas de mi camisa. El entrenador notó el cambio, una tarde mientras hacía espalda, se acercó contento y tocó un punto en la parte baja de mi espinazo. ¡Te ha salido un nuevo músculo! Me llamó aparte en su oficina, y me explicó que a pocas personas se les desarrollaba aquel músculo, que en definitiva era hijo de mi madre, que era especial. Con un espejo de mano me mostró el fenómeno, era pequeño, por encima de mi coxis sobresaltaba como un caballito de mar, algo acaracolado y curvo. Se llama el hipomúsculo, informó. Es una cosa muy poco convencional. Te ayudará a producir más testosterona, serás más rápido, más fuerte y resistente. Sólo debes comer zanahorias, muchas zanahorias. Le aclaré que detestaba las zanahorias, y él con una enigmática mueca alegre, me aseguró que me iban a comenzar a gustar pronto, que no iba a poder parar de comerlas.

El hipomúsculo no existe, es decir: en internet o en los libros no había ninguna referencia a él, o nada similar y sin embargo allí estaba como un caracolito tibio en mi espalda. Tal vez realmente era especial, una cosa única que me había pasado por el deseo aquél de querer ser sumado a los buenos genes. Los beneficios eran maravillosos: no me cansaba, ni sudaba, no me dolían los músculos ni las articulaciones. ¿Para qué preocuparme si me estaba convirtiendo en el muchacho más buenote de la cuadra? No percibí mal alguno, y sin embargo comenzaron las ideas raras, las sospechas, esa extraña sensación de ser demasiado consciente del cuerpo, el percibir el proceso de regeneración muscular, el sentir la testosterona fluir por mis venas a la vez que intuía a mi cerebro como algo aparte, como una jaula donde mi cuerpo se encontraba atrapado y nunca al contrario, como un contenedor que me impedía crecer todo lo que el nuevo músculo iba a permitirme.

Celia, Cecilia, y Clea son los nombres de mi tías, obesas y canosas, visten largas batas de algodón y huelen como a incienso todo el tiempo. Son prácticamente monjas devotas al difunto de mi padre. Ya expliqué que en la casa no puede mencionarse el pecado del deporte o el vocablo madre, pero ese hueco, el vacío materno se ha llenado con un muerto paternal que inunda de fotografías y velas los rincones de la casa. Sea como su padre, me dicen, turnándose para que al menos escuche su himno dos veces al día. En esta casa todo lo hacen a la vez, no conocen la forma de dividir las tareas, cuando se cocina todas cocinan, cuando se limpia, todas limpian, cuando se ve televisión, están las tres como cachalotes católicos apachurrando el mueble. Creo que por eso pocas veces las llamo por sus nombres, estando siempre juntas son: mis tías. Un plural que les sienta buenísimo, ya que nunca son sin ser conjunto. Lo único que las divide es la lectura, quizá por lo mismo de creerse un todo, sólo tienen un par de lentes, incluso la miopía se les ha sincronizado, las tres pueden ver perfectamente con el mismo par, y como las parcas, se turnan los lentes a suerte de ojos que les brindan el placer de esas lecturas melosas con portadas de hombres con cabellos largos. No obstante, solucionan el problema leyendo en voz alta para que las tres vayan a la par y lloren y rían siempre a la vez con esas novelas románticas y tristes.

Cuando me veían pasar con nuevas camisas sin mangas, y mi mono holgado como el de *Mi Bella Genio*, se santiguaban repartiéndose el signo como para que no lo notara, una hacia el padre, la otra el hijo, y la otra el espíritu santo. Pretendía no darme cuenta, y ellas fingían no estar angustiadas. Así manteníamos las cordialidades con la omisión, pero mi nuevo músculo exigía cuidado, y requerí que por favor agregaran a mi dieta más zanahorias. Y eso fue todo, cómo por qué, si jamás te han gustado las zanahorias, que prácticamente eres otra persona, que mejor vaya más a la iglesia, qué diría mi padre. Y de mi parte también alcancé el límite, acepto que tenía cambios de humor, que estaba un poco más sensible, que sentía ciertas cosquillas incómodas en los pezones, y sin aguantarme les canté a gritos que dejaran de mostrarse tan estúpidas que parecían tres brujas cachetonas que no iba a dejar de ir al gimnasio para ir a la iglesia porque los curas no tenían sexo nunca. Y no pensaba irme al infierno virgen como ellas.

Lloraron, como siempre, en conjunto, dejaron de dirigirme la palabra por días, taparon los retratos de papá con pañuelos morados como en semana santa, para que no viera avergonzado la deshonra de hijo en que me había convertido. Pero al descubrir que cada día llegaba más atlético y lacónico, y no comía en casa, terminaron por ceder a mi petición y todas las comidas grasientas se fueron tornando naranjas.

Todavía no me gustan las zanahorias. Comer tres veces al día el bendito vegetal era una tortura. En ocasiones no podía aguantar y corría al baño a “desalmorzar” por decirlo de algún modo. El gimnasio me animaba, ya no entrenaba con el resto, el instructor me movió a una sala aparte donde había nada más dos personas: un muchacho muy fuerte, practicaba boxeo con golpes terribles y sonoros que de cuando de cuando hacían estallar la bolsa de arena con violencia. Y una muchacha: Laura. Con abdomen marcado, y piernas blancas, esbeltas y elásticas que pasaba sin dificultad por detrás de su cabeza, ambos decían tener también el hipomúsculo, pero jamás logré vérselos, y eso que Laura nada más vestía un top y unas licras cortísimas, miraba su espalda embelesado sin notar nada como lo que yo tenía. Ellos se entusiasmaban veían mi hipomúsculo y le pasaban el dedo, curiosos y felices. Pronto serás uno de nosotros me dijo Laura en una ocasión que estábamos los dos solos. Y sentí su lengua como un pedazo de goma tibia tocando la mía, me lamió los labios y me besó el oído al tiempo que me aconsejaba comer más zanahorias. Luego se apartó distraída y comenzó a tomarle fotos a su abdomen frente al espejo como de costumbre.

¡Para qué voy a mentir!, comía zanahorias nada más por Laura, soñaba con que esa lengua suave iba a recorrerse mi nuevo cuerpo duro y venoso. Mi cuerpo era una erección. No había notado que antes de ejercitarse había estado siempre en reposo. Ahora quería acción, quería vivir, quería (si también) tomarme fotografías sin ropa. Me gustaba mi cuerpo, me veía en el espejo constantemente, posaba de frente, flexionando músculos, de espalda, apretando glúteos, y en uno de esos derroches de narcisismo percibí algo perturbador: el hipomúsculo se estaba moviendo.

El cerebro no es el único órgano en el cuerpo que tiene neuronas. Sí, las neuronas, esas chispas babosas que forman la consciencia, que nos hacen ser “un niño de verdad”. Supongo que el hada azul de Pinocho cambió el aserrín por células neuronales para obrar la magia. Si de verdad existe tal cosa como el alma pues debe estar fabricada de neuronas. El colon, ese pedazo de tripa que pareciera no hacer más que permitir la defecación, tiene en sus tejidos neuronas. Claro, no tantas como en el cerebro, pero ¿qué hace el colon con neuronas?, ¿piensa, siente?, ¿por ese motivo será que puede estar irritable? Jamás cometería la desfachatez de sugerir que posee una conciencia, recuerdos o ideas como la que nos convierten en lo que somos. Pero

supongamos que así fuera. ¿Cómo lidiaría el cuerpo con esas dos conciencias?, dos personas creyéndose únicas, pensando en el destino, en el amor, en el alma, en lo que piensa la gente normalmente inconsciente de ser sólo células, pero viviendo en un mismo cuerpo. Si ser territorial es un instinto, si dos personas no soportarían pasar toda su vida enclaustradas en un mismo cuarto, cómo sería estar encerradas un mismo cuerpo. ¡La claustrofobia desataría una guerra civil en el organismo! Dos órganos como monarcas luchando por el control del reino. ¿No será el cáncer de colon tan violento por eso?, ¿no será la bomba nuclear del cerebro contra aquello que se atreve a desafiarlo? Sería una estupidez, una Hiroshima en la parte baja de la tripa que acabaría con la vida entera de esta ciudad que somos.

El hipomúsculo se había movido hasta la parte baja de mi cuello. En el gimnasio, Laura y el entrenador se mostraron contentísimos, intercambiaron miradas cómplices, y Laura tomándome de la mano me pidió que confiara, que quizá el próximo martes ya estuviera listo para comenzar a salir seriamente con ella, sentí otra vez mi cuerpo entero una erección, es muy difícil conservarse preocupado cuando se está excitado. Aparte, el entrenador me felicitó, me dijo que ya la siguiente semana iba a poder elegir una disciplina a la cual dedicarle mi vida, que no lo pensara mucho que los atletas usan más el cuerpo que la mente, que ya iba a ver, luego sacaron sus teléfonos inteligentes y los tres posamos sonriendo, en medio de la pose Laura tomó mi mano y la colocó sobre sus glúteos firmes. Digan zanahorias, dijo, y a las horas vi en el internet la foto de los tres donde nos veíamos honestamente emocionados, con la leyenda en el pie de página dictando “Cuenta regresiva” en ese momento no lo entendí.

Las cosas se han vuelto más raras estos últimos días, han sido fatales. Vivo con una sensación de pánico en el cuerpo que sólo se alivia al ir al gimnasio, mis tías me ven ojeroso y preocupado. Me aconsejan quedarme en casa a descansar. Pero no puedo, es raro, es como si estuviera muy cansado sin poder quedarme quieto. Una energía circula en mí, me mueve. Las rarezas no sólo las siento, también las veo. Mi cuerpo concibe cosas sin mi consentimiento, ayer desperté en medio de la noche y estaba haciendo abdominales en el piso del baño. Me eché a llorar, quiero escapar del ejercicio, pero el hipomúsculo no me deja. No tengo otra conclusión, ya está más arriba, cerca de la nuca, “cuenta regresiva” pienso y quiero correr, pero correr no sería más que otro ejercicio. Ayer soñé que me iba a la montaña con mis tías, que abandonaba el gimnasio por una semana entera, y que pasaba los días en una hamaca leyendo y comiendo pollo frito. Al levantarme mis tías me informaron que se iban una semana de la ciudad. ¿Fue acaso

esto soñar el futuro? Pienso que no es más que una última jugarreta de mi cerebro. Soñar el futuro no es una predicción sino una predisposición. Mi cerebro me quería lejos del gimnasio, de las zanahorias, de Laura. Y volví a no poder, no estoy pudiendo mucho en estos días. Ni siquiera me despedí de mis tías, fingí dormir, escuché el motor del carro perderse en lo lejano, y me masturbé pensando en Laura.

Esta mañana desperté con el celular en la mano y una jaqueca espantosa. ¿Había estado fotografiándome mientras dormía? No logré ver la pantalla, las sienes me latían, sentía que una pelota de beisbol me golpeó de lleno en el cogote. Intenté palparlo, pero el hipomúsculo ya no estaba, sólo el dolor de cabeza, y una emoción extrañísima. Adrenalina y dolor, ganas de correr y de quedarme quieto. Pensé en la sensación de muerte súbita, esa revelación que tienen algunas personas de saber que están a punto de morir, aún sin conocer exactamente qué padecen. Hay casos de personas que no saben que están sufriendo un infarto gástrico en una zona específica y fatal, pero anuncian gritando adoloridos que están a punto de morir y casi siempre tienen razón. Yo también quería gritar lo mismo, y no había en esta casa nadie que me escuchara salvo los retratos de un papá difunto y las revistas de una mamá fugitiva. Estábamos mi cerebro y yo. El cerebro siempre sabe más cosas que nosotros, sólo somos un grito, su grito. Y el mío gritaba con todas sus ganas en ese momento, mi cuerpo estaba perdiendo una lucha, iba a morirme... y no lo hice. Así como vino todo, se fue. Me vestí con mis monos al estilo de los videos musicales de los ochenta, mis camisas sin mangas, me fui al gym comiendo deleitado una zanahoria y llevándole una a Laura. Las zanahorias son un manjar de los dioses, creo que siempre me han gustado.

QUIÉN LE TEME A LA OVEJA FERROZ

A Cris.



Todos en la aldea estaban aterrados. Había retornado hecha una bestia, con garras de bisturí y colmillos de alfileres. En las esquinas, donde siempre colisionan calles y murmullos, los aldeanos preocupados veían cómo se paseaba limpiando el asfalto con su cola peluda, y les atosigaba la nariz el olor que emanaba la sangre seca. Pero ninguno se atrevía a contrariarle. Siendo conscientes de estar hechos de carne con una carnívora tan cerca, les escaseaban argumentos contra sus zarpas y consideraban que la piel de la loba era gruesa, dura, difícil de penetrar.

El único que difería de la opinión general era Pedro, negaba y susurraba por lo bajo: *esa no es una loba... esa no es una loba...* Pero Pedro, a causa de incidentes anteriores, era conocido por todos como un mitómano compulsivo y diagnosticado, pocos oídos estaban dispuestos a escucharlo. Incluso en casa de la bestia las cosas iban mal. Mamá, una cabrita de pezuñas desgastadas que rumiaba comida de meses anteriores, sentía pena por lo peligrosa de su cría, vuelta una criatura tan ajena a su especie. Y papá, un sátiro de cuernos filosos y olor a monte, vivía enojado e incómodo, encerrado, puesto que, una hija loba le demostraba que era cobarde y, por vivir entre cabras, no lo sabía.

Sólo se respiraba alivio en las noches sin lunas, cuando la loba no salía a cazar. Quedándose en su habitación, se miraba en el espejo, enorme y letal, y con una garrita bajaba el cierre oculto debajo del cogote, veinte kilos de imagen caían al piso, liberándose: una ovejita escuálida de lana negra, toda pezuñas y rodillas. Tomaba un libro de la gaveta y se escondía bajo la cama, a comer y a balar con lástima, terriblemente cansada de lo asfixiante de su piel.

Esa no es una loba, seguía repitiendo Pedro calle abajo, con el cuello cansado de tanto asomarse a las ventanas. *Esa no es una loba...*

RECLAMO DESDE EL FONDO DE MI CAPARAZÓN



Quiero que sepas que por tu culpa ya no me gustan las tortugas. Y sí, padezco de una originalidad muy frágil y tú lo sabes, o por lo menos deseo que lo sepas, porque sería muy triste que anduvieras por ahí fracturando mi personalidad sin siquiera notarlo. Llevándote mis cimientos para construir quién sabe qué símbolos con cualquiera que te pique el ojo en una esquina. Estoy enojado, o por lo menos eso diría si fuese gringo o japonés, que no tienen palabras para diferenciar el enojo de las arrecheras, cuya comparación equivaldría a la de una vela contra un incendio forestal. Lo que estoy es arrecho, ¿ves? Tú que nunca viste nada que no fuese tu propio reflejo en mis ojos. Que me hiciste ser no más que una muñeca de esas que tienen otras muñecas por dentro y cuando la gente me abría un poco encontraba una matryoshka de *Luis*s sucesivos cada vez más pequeños y complejos que me irrumpían hasta el propio centro. Me habías transformado en un mísero envase de tus deseos, historias y manías. Suspiraba como idiota cuando decías que los dos éramos como uno, obviando el hecho de que solamente éramos uno, porque tú eras dos veces. Pero así funcionan este tipo de relaciones, el universo no es más que reglas inevitables, y dictaba con vehemencia que yo sería sólo el espacio para que existieras, no es tu culpa que no te baste tu propio cuerpo, Luis. Sé que hay más gente por ahí así, que caminan por las calles con sus envases de la mano, que los llaman novias o esposos, o amantes y los pobres nada saben de causas porque son sólo efecto, el efecto de la colonización del amor vecino. Pues para algunos amar es invadir. Y por eso mismo no pudiste sobrellevar mi atracción por las tortugas. No entendías ese cariño devocional que me inspiraban los reptiles mansos con

su tierna lentitud de abuela. Viste esa clara discrepancia entre nosotros como una señal de alarma, me citaste en alguno de tus espacios para advertirme que si seguía con mi caprichito (porque todo lo mío era chiquito y pasajero) no ibas a continuar coexistiendo en mí. No logro situar en el plano consciente que motivo exacto hizo que me sublevara, si fue acaso un golpe de caparazón lo que provocó que en la *matryoshka* de Luises creciera una grieta endógena que los reventara a todos dentro de mi cuerpo. Te dije que no. Que para nada iba a dejar de amar las tortugas, que las amaba a ellas mucho antes que a ti. Que no tenías ni siquiera motivos serios para odiarlas, sólo querías comprobar mi obediencia. Allí te levantaste con lágrimas en los ojos y seguro eran verdaderas pues estabas perdiendo una parte de tí, y lo sabías, pero eras tan orgulloso que saliste soplado lanzando puertas.

Apenas se calmó el aire que agitó tu portazo en aquel café y ya me quería morir, mis pies casi solos corrieron para alcanzarte, pero algo pasó. Al levantarme sentía que había dejado algo atrás en el asiento, me registré completo y no conseguí nada extraviado, es decir lo encontré todo en su sitio exacto, las llaves, el celular y la cartera. Sin embargo, persistía esa sensación de extravío en todo el cuerpo como si dejara migas de pan por donde caminara. Era el principio del desastre, los pedazos rotos de ti me hacían daños radicales en poquísimos segundos, matarte solo provocó que me llenara de zombis.

Mis padres notaron mis cambios, me decían que parecía otra persona y yo les explicaba con una vocecita triste que había dejado de ser tú, que me andaba indagando. ¿Dónde me había dejado?, en qué punto me expulsé para llenarme de ti, sentía la mente una sala vacía y polvorosa, la hipoteca tuya me dejó sin muebles. Sólo una tortuga pequeña, recién nacida, daba vuelta por mis espacios mentales sin saber qué hacer con tanto territorio. Me vi en la obligación de buscar pistas y aplicar el método deductivo, si yo había nacido hace veintidós años atrás, y nuestra relación abarcó el periodo de los últimos dos años de mi vida, no había otra conclusión: algo era antes de ti. Mis indagaciones me obligaron a eliminar cualquier cosa que hiciera referencia a ti, las cartas, los peluches, los poemas, pero los zombis comenzaron otra vez a comerme por dentro. Encontré cosas, de verdad, muchas que permanecían en mi cuarto desde antes que tú. Pero era una lástima que no sólo obraste tus cambios malignos en mi interior, sino que también modificaste el mundo y no me di cuenta. Es una grosería modificarle el mundo a la gente sin avisarle, Luis.

Habías simplificado gravemente la realidad, todo lo que sentía, veía, comía o escuchaba era una dicotomía fantasma de tus cosas. Los objetos comenzaron a ser: no lo que eran, sino lo que no eran. Te explico porque seguro tú jamás has sentido eso pues es una emoción exclusiva para la gente inocente que se deja llenar. Cuando estábamos juntos escuchábamos jazz, te encantaba el saxo y fingías uno entre tus dedos cada vez que podías. Se me olvidaron por completo colecciones en CDs originales de rock, al vaciar mi cuarto hasta dejarlo exactamente igual a dos años atrás, los encontré, los llevé corriendo al reproductor y la sorpresa amarga casi me desquicia. Lo que escuchaba no era rock, sino que no era jazz. No puedo explicarlo de forma más simple, pero probé con otro tipo de música y resultó igual, no era pop, sino que no era jazz. Así se sentía todo, del mismo modo fue con la comida, cuando era tú solíamos comer tazones de arroz con leche sin discriminación de horarios ni balances proteínicos, y ahora cuando mamá me preparaba su famoso pollo a la naranja no me sabía a pollo a la naranja sino que no me sabía arroz con leche. Las cosas no eran lo que eran sino lo que no eran. Dañaste las particularidades de mi mundo con la simplicidad del tuyo, toda mi música había perdido su característica, su originalidad, su discrepancia entre ella misma, para convertirse nada más en no jazz, así igual la comida perdía por completo el encanto original de cada sabor para ser solamente la ausencia de un sabor. Me tocó vivir en este mundo de escuetas negaciones por largo tiempo, creí enloquecer, deseé con ganas que volvieras y revelaras esta realidad de negativos que significaba tu ausencia.

Pero también pasó, sin saber motivos específicos ni buscarlos, porque ya a estas alturas comprendía que estas singularidades de los sentimientos carecen de motivos singulares, el mundo comenzó a tomar forma: forma de tortuga. Nada más pensaba en ellas, en su piel rugosa y su caparazón de cuadros, en su expresión enigmática y ausente, lejana del mundo. Mi mente no tenía ideas tenía tortugas. Perdí la voz, o tal vez se me quitaron las ganas de hablar o de reírme, deje de esforzarme y comencé a tomarme todo con más calma, me volví lento y desgastado, me fui alejando de todo sin moverme de mi cuarto, ya ni siquiera pensaba en ti.

Mi madre se alarmó cuando se dio cuenta que se me estaba tornando verde la piel y tenía en la espalda una joroba durísima y callosa. Me sacó a rastras por los pasillos del apartamento, me llevó al dermatólogo por pensar que era un problema cutáneo una *dermatitis tortugosa atípica*, o alguna cosa así. El médico no pareció sorprendido me mandó a quitar la camisa, y cuando vio mi espalda dijo: “Cuadros, ujúm, como pensaba” y tomó un par de notas en una libretita. Mi mamá estaba estrujándose de la angustia, respondía las preguntas del médico como confirmando

el estado de una enfermedad muy grave. “¿Dice que tiene tres días que no lo escucha hablar? Pues, señora, —diagnosticó finalmente—, su hijo se está convirtiendo en tortuga, y no puedo hacer nada porque es una transformación voluntaria. Caprichos de adolescente, no le preste mucho cuidado, que con el tiempo se le va a pasar. Cambios emocionales, usted sabe cómo son los muchachos de ahora. Dele mucha lechuga y agua.”

Mamá no se mostró conforme con el diagnóstico pero pronto mi condición le demostró que el médico no se había equivocado. A los pocos días se me cayeron todos los dientes, y perdí los labios, mi espalda, redondeada dura y con figuras de falda escocesa, no podía llamarse de otra forma que caparazón. Comencé a comer lechuga y agua, y era maravilloso porque sabían a lechuga y agua. Mi vida como tortuga me benefició de maneras insospechadas, ya no pensaba en ti, pasaba las tardes quieto en un rincón oscuro del apartamento, mientras mis padres me buscaban desconcertados sin poder verme, era divertidísimo.

El tiempo pasaba muy rápido, en realidad apenas me daba cuenta de los días cuando ya eran otros días. La lentitud traía consigo una paz intrínseca y duradera, o eso pensaba. Debí quedarme como tortuga Luis, pero es muy difícil perder las mañas humanas, sentí curiosidad, volviste a mi mente como un sueño de la infancia, algo abstracto, imágenes casi ajenas que no hacían daño, decidí traicionar mi naturaleza un rato y usar la computadora, tecleé tu nombre con parsimonia porque hasta entonces nada me desesperaba y qué novedad me encuentro.

Te veía contento, te veía dos veces como te gustaba ser. Tenías un nuevo novio, pero lo que dolía lo que casi agrieta mi caparazón, fue observar que tenían de mascotas dos morrocoyes enormes y sucios: Miguel Ángel y Donatello, ¡qué poco original eras!

Quise morirme otra vez por ti, no digo que estaba despechado, pero sí descaparazonado. Vulnerable, olvidé la lechuga y el agua, ya no quise de ningún modo ser más tortuga ahora que te gustaban, ahora que presumías por el mundo tu amor por ellas y por tu novio. Me sentí atrasado, no había progresado nada, para las tortugas es muy difícil alcanzar metas, o alcanzar cualquier cosa en realidad. Yo me estaba convirtiendo inconscientemente en algo que aborrecías, para luego descubrir rabioso que ahora sí te agradaba. Me gustaba la dirección en que encarrilaba mi vida porque era en sentido opuesto a la tuya, pero noté que ir hacia ti o ir en contra no era más que un síntoma de mi dependencia a ti. Seguías siendo la condición de mis actos. Entonces ocurrió el desastre tocaste el timbre de mi puerta tres veces como tenías por manía. Me tardé en

abrir aunque no a propósito. Vi tus ojos escudriñándome de patas a cabeza, y fue como si me crecieran huecos en las articulaciones. Juraste muy serio que había cambiado mucho y que te gustaba mi nuevo yo. Me tomaste de la pata asegurando que ya habías dejado a aquel muchacho de las tortugas que sólo habías estado con él porque te recordaba a mí. Aun en contra de mis instintos hablé, sin saber muy bien qué decir pregunté si tenías hambre, que en la cocina había lechuga. Respondiste sonriendo que con gusto comerías conmigo, pero sugeriste mejor comer arroz con leche, que eso era lo que nos gustaba. Entonces intenté correr... pero el caparazón me pesaba demasiado.

EL DEFECTO DE NARCISO



A todos, menos a ti.

«El niño tendrá una larga vida, salvo que se conozca a sí mismo»

Profecía de Tiresias a la madre de Narciso.

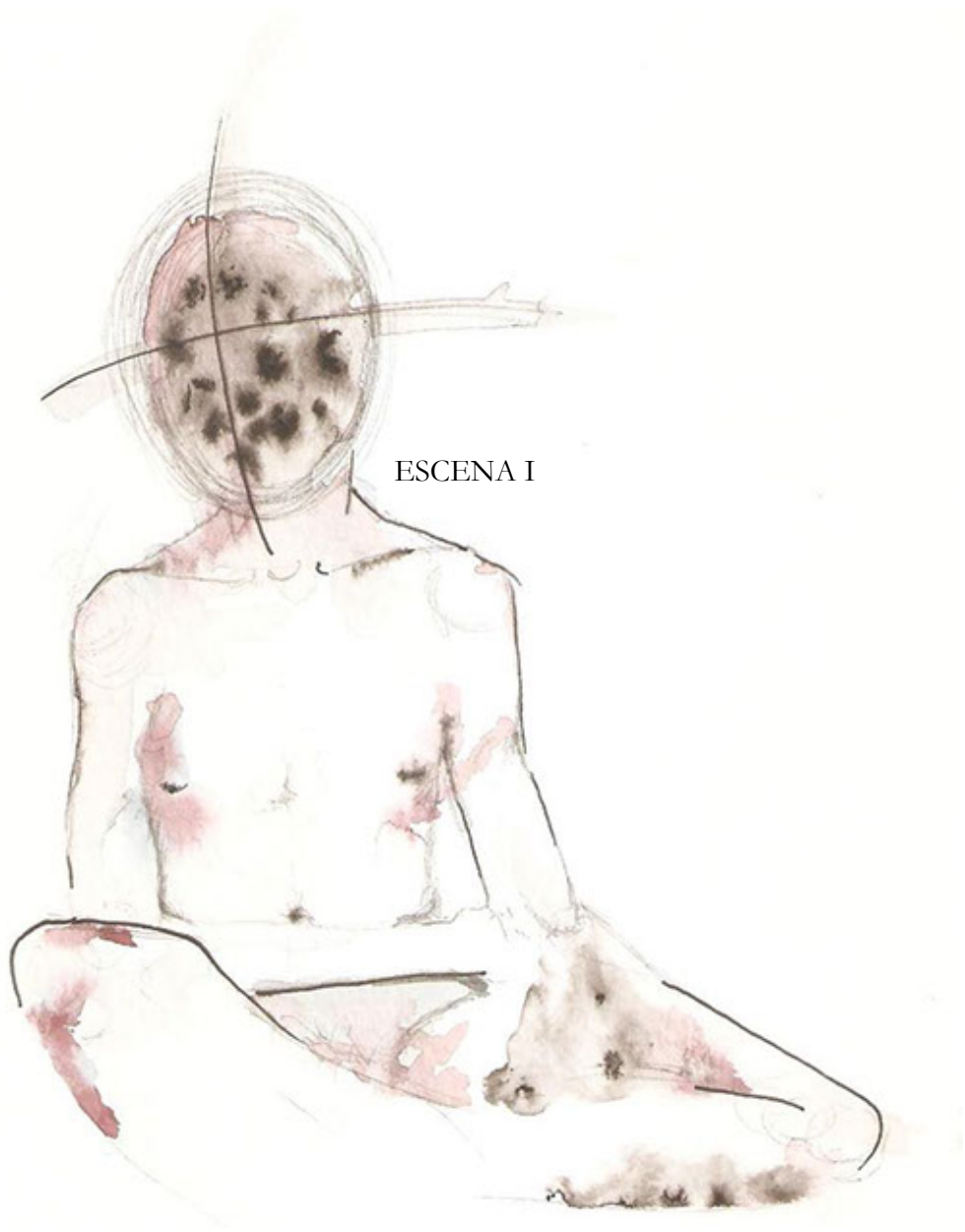
Condición –opcional— al lector:

¿Podría darme dos segundos, lector? Tomemos de equivalencia las máscaras griegas. La comedia y la tragedia, una sola cara transformada en dos por la expresión. Así de idéntico y de diferente resulta este texto en comparación con los otros que componen el libro. No es sólo cuestión de extensión, me atrevo a decir que el ritmo de los otros podría confundirse entre los acordes de la comedia, y otro tanto hace este, pero al final termina expelido al baile de sandalias al rojo vivo de la tragedia. Es un ritmo diferente, el grito mudo de la boca arqueada hacia abajo es la cara de este relato, si resultara imposible no elegir entre las dos. Tal vez por esto, por la disonancia, me resulte cómodo proponer una transformación al lector. Es cuestión, más que de literatura, de psicología. Pero todo es cuestión de psicología. Busquemos las analogías correctas, el cambio al lector, vendrá otorgado en dos partes, una fisiológica relacionada al entorno y al cuerpo, y otra psicológica relacionada al condicionamiento y a la mente. Acotando, que las partes no están claramente diferenciadas, se rozan, incluso, se complementan, puesto que la mente, a final de cuentas, es sólo cerebro y el cerebro es cuerpo. Ambas completan un círculo que más que yin y yan, un blanco y negro diferenciado, es una pelota de playa de múltiples colores dando vueltas en el aire. La parte fisiológica podría ejemplificarse con el cuerpo ante el frío y el calor, cómo el mismo cuerpo, sin necesidad de pensar nada, reacciona ante el uno y el otro, temblando o sudando, a pesar de estar en un mismo cuarto, o en una misma posición o haciendo un mismo ejercicio, el factor externo cambia la fisiología, y el modo en que se piensa— no el pensamiento—, *el modo*, es fisiológico. La parte psicológica es aún más fácil de ilustrar, los humanos respiramos sin necesidad (aunque existen casos) de pensar en que se respira, y nada más falta que alguien nos incite a hacerlo para que, al proponernos respirar, lo hagamos de forma diferente. Una respiración más notoria y planeada, venida de otra parte. Así mismo resulta con la lectura, nada más bastaría decir que el texto siguiente no es un cuento largo, sino una novela corta, cortísima, de hecho, para que (¿psicológicamente?) el cuerpo esté más dispuesto, la encuentre pequeña, ligera, en contraste con la primera naturaleza del cuento, que si deja de ser corto corre el riesgo, no de aburrir—si es bueno—, pero sí de cansar. Ahora bien, lector que me escucha, dejemos a un lado los géneros literarios, ¿será posible?, ¿podría usted modificar su forma de percepción si yo le digo que esto no es una novela, o un cuento, o un texto, sino una película?, ¿verán sus ojos las imágenes nítidas y se entrecerrarán ante la luminiscencia de la pantalla? Tenga ante usted una pantalla, pero, por cuestiones de extensión —y como ya fue suficiente con anular los géneros literarios, no lo hagamos también con los cinematográficos—,

digamos que es un cortometraje. Imagínese que acaba de comprar una pantalla donde, usted mismo, pondrá los personajes y los lugares, entretendrá escenas, oírá diálogos, hará un cortometraje con el pensamiento. Seguro que ahora dirá ¿no es eso lo que hacemos todos cuando leemos? Sí, pero nada más basta con que se incite a hacerlo, para que lo conciba de forma diferente, más vivido, planeado, gozando de cada detalle generado por usted mismo, la conciencia es poder.

Como será un corto y ni siquiera habrá letras, (esto no es una letra, diría Magritte) , verá a las personas hablando y no encontrará mi participación, ni mi voz, porque los directores no aparecen a mitad de escena nombrando cosas. La voz que escuchará será la del protagonista y bien usted, como le parezca, podría imaginárselo garrapateando cosas en su diario, en un podio señalando imágenes de su vida, o viviendo las escenas que nombra con la voz en off típica de las películas. Dependerá de usted, querido lector. También me disculpo si en algún momento esta nota sugirió una propuesta nueva de escritura, porque lo que intento alterar es la forma de lectura. Y si esta hoja no estuviera en la edición, o se mojará o se manchará, o sólo no se leyera, se topará usted con un cuento perfectamente encajonado en el género, porque, como en los juegos de niños, lo que hace que el tronco viejo del patio sea una guarida infranqueable y que con las manos se pueda congelar el tiempo, lo que anula la realidad, es la condición.

Encienda pues la pantalla. 5, bip , 4, bip, 3, bip, 2,bip, 1.



ESCENA I

La palabra *casi*, tiene el poder de agigantar el pequeño espacio que falta, decir que casi se está vivo es tan anulador como afirmar que casi se está muerto. En ocasiones anunciarme como un ser casi perfecto es lo mismo que afirmar no ser perfecto en lo absoluto y ese es el asunto con la perfección o es absoluta o no es; ese diminuto espacio que falta en mi cuerpo en términos estéticos vale tanto como el resto que sí está.

—¿Se va a llevar algo más, Señorita? —pregunto ante la joven que se emboba mirándome, detallando mi cara, mis brazos, es normal— ¿Señorita, se va a llevar algo más? La muchacha, se appena, y cabizbaja niega. Yo ofrezco una sonrisa inmutable, tantas veces practicada, dejando ver sólo lo necesario de los dientes que amerita la luz a esta hora en la tienda.

Soy consciente del embeleso que causo y, si me preguntara, le diría que no se alarmara por su reacción, que a fin de cuentas, estoy siendo bello apropiado. Me da las gracias rápidamente y me arranca la tarjeta sin atreverse a levantar la cara ¡Es una lástima! La joven que huye tiene ojos realmente hermosos, que le van bien a la piel color madera de su rostro.

La belleza es cuestión de combinar, contrastar, bien me ha costado llegar a este punto donde, con sólo un par de poses memorizadas, logro que mi físico ostente lo máximo de mi condición hermosa. Trabajar en una tienda de ropa me ha ayudado, la constante presencia de los clientes me permite interactuar con desconocidos, practicar mis poses y tomar notas sobre las reacciones que genero. Nunca he dejado de obtener reacciones, pues si de algo estoy seguro es que jamás paso desapercibido. Quien me observa queda suspendido involuntariamente como ante un rayo o una aurora boreal, no es secreto ni para mí ni para nadie, que soy abrumadoramente bello.

En este país del sur, mis rasgos exóticos me elevan por encima del fenotipo local. Mi cara: ángulos suaves, mis ojos oscuros: melancolía y misterio, mis labios: dos tentaciones frutales. La gente voltea a mirarme en la calle desde que tengo memoria y, como dijo alguien muchos años atrás *los ojos de los demás son nuestras prisiones*, esas miradas se antepusieron en mi conciencia como barrotes encarcelándome en la idea de mi propia belleza y más tarde de mi defecto. Porque a pesar de no tener referencias, de saber que no he conocido a nadie tan cerca de la perfección como yo, sé que no soy perfecto: tengo un defecto. En todo mi cuerpo sólo un desperfecto.

Ser bello no ha sido fácil, pero todos tenemos un narciso dentro, cada persona puede elevar los niveles de su propia beldad si sabe cómo combinarse. Me son sumamente desagradables las personas que desean ser otras. Gente queriendo ser blanca o pelirroja, querer ser bello no es malo, a menos que traiciones al cuerpo deseando no ser como tú, en tu cara, en tus piernas, en tu pecho, hay la oportunidad de la mejora. La meta: volverte la mejor versión en ti. No exponerte al sol lo suficiente para aclarar tu tez, comer justo lo necesario para subir o bajar dos kilos, quitarte o ponerte la barba. Hablar de forma pausada. Caminar más o menos erguido y listo, se comienzan a elevar los niveles de tu propia divinidad. Yo he desarrollado las técnicas precisas para mí, pues cada persona amerita una técnica diferente como su propio ADN de la apariencia, fui al gimnasio lo necesario para endurecer mis piernas y mis brazos, sin llegar a las deformaciones de la musculatura excesiva. Sé los gramos puntuales de alimentos para no pasar hambre y no alterar en nada mi cuerpo, que se mantiene justo en el tono necesario para combinar mis poses. El pelo hacia la izquierda, liso seda, con los movimientos suaves de la ténpera en el agua y una barba de tres días adornando de personalidad los espacios blancos de la cara.

Tania se aproxima a la caja contoneando lo más que puede sus caderas, me recuerda una niña descoordinada aprendiendo el *ula-ula*. Se acerca e inclina su barbilla en mi hombro, la pantalla del computador me devuelve el reflejo de su cara con la cicatriz del acné adolescente y la flagelación de las cejas tatuadas. Su perfil desentona con el cuerpo, tal como si la hubiesen armado con partes de otros seres. *Ya es tu hora de salida, bebé*, me susurra en un intento vano de seducción. Es una idiota, jamás saldría con alguien tan ignorante de su propia condición física. Y luego de Camila, he preferido no volver a intentarlo con mujeres. *Cierro caja y me largo, corazón*, respondo y ella roza mis hombros con sus dedos antes de alejarse.

Sospecho que la belleza le ha ganado con el tiempo a la sexualidad. La necesidad de lo sublime ha vencido incluso el instinto básico de la reproducción. Preferimos a alguien estéril y hermoso que a una matrona fértil con rostro desfigurado. Lo mismo ocurre con los géneros, alguien suficientemente bello despierta otro instinto erótico quizá más hondo y complejo que el sexual y puede agrandar a hombres o a mujeres de igual forma.

Así me pasó con Camila que, cuando se lo proponía, podía ser la estética de la mujer ideal.

La conocí en la tienda. Noté enseguida que entendía la ropa como yo, mayormente las personas no se visten: se disfrazan. Ocultan sus imperfecciones entre los velos anchos que les permite la tela y la moda; o en cambio usan ropa tan ajustada que falsean la verdadera condición de la carne, porque así como la ropa estrecha se deforma a medida que se ostenta, así también el cuerpo que la lleva.

Camila usaba la ropa como es debido. Sabía que para los bellos vestirse es pérdida, pues cada centímetro de piel tapada cuenta, y usaba prendas de colores primarios que se amoldaban al cuerpo como una venda de sus extremidades, dejando entrever la forma de su cintura y senos, un vestido disculpa, un vestido promesa, un vestido telón, la obra estaba detrás y ella lo dejaba claro. Pocos sabemos usar la ropa como telón. La conexión fue inmediata. No compró nada, sólo nos miramos mientras repasaba las prendas en los estantes, reprobando cada vez, como si yo la ayudara desde lejos, y percibiese mis consejos telepáticamente. El cabello largo, negro y liso, caía sobre su vestido rojo volviéndolo otro adorno del pelo. Su piel, del color del anís, destellaba dulzura y tenía ojos tan verdes que eran orillas de archipiélago. Se movía grácilmente, casi bailando, pues se sabe que cuando las personas coreografían sus pasos, revelan cierta gracia del cuerpo que en la quietud se desconoce, una belleza del cuerpo como instrumento. Danzaba al ritmo del *yo camino* y todos querían bailar esa pieza con ella. Sin comprar nada, hizo un puchero decepcionado, y se alejó en una función final hacia la puerta. Allí la intercepte: *Disculpe, señorita* —abrir los ojos un poco, inclinar la cabeza, sonrisa a medio camino de rojos labios húmedos, bajar los hombros, mi pose—, *¿usted sabe que es bella?*

Sus mejillas se llenaron de aire y tapó su boca apresando la hilaridad. Estuvimos viéndonos fijos por varios segundos y comencé a sospechar que al detallarme tanto la cara iba a descubrir mi defecto. Decidí alejarme, giré, su mano me sujetó. *¿Lo sabes tú?*

Esperó afuera que terminara mi turno y quedamos atascados, uno en el otro, por semanas. Ese día tomamos dos cafés. Supe que era coreógrafa, que tenía veintidós —dos años más que yo— y que le obsesionaba la idea de la juventud. Pensaba que la vejez no era más que la portavoz de la muerte. Quise hablarle de mi obsesión por lo hermoso, pero debía esperar pues me esforzaba por parecer natural. Lo bello, si es espontáneo, duplica su valor.

En mi cuarto había un espejo. Un espejo que mis padres compraron en el Líbano y fue lo único que me llevé al dejar la casa. Un espejo familiar enmarcado con dátiles dorados, que ocupaba casi una pared completa del diminuto apartamento donde vivía. Allí nos vimos desnudos por primera vez, transportados en el reflejo a un paraíso oriental. Esos pezones, como ojos rozados de algún ángel libido, eran su cuerpo mirándome y pensé que así debían de verse Adán y Eva, más cerca de ser dioses que humanos. Los ángeles eróticos en el reflejo se juntaron, penetrándose, chupándose, besándose, como si viésemos a Adán y a Eva cogiendo por primera vez, antes de que el pecado corrompiera sus cuerpos.

Tiempo después, cuando ya ni recordaba las sensaciones de aquel día, todavía podía masturbarme con la imagen. La combinación de nuestros cuerpos, visualmente, solía excitarme más que el acto en sí. Y es posible que hubiésemos podido permanecer unidos por el peso de aquella imagen, si Camila no hubiese comenzado a cambiar.

Esa es la gran diferencia entre la hermosura del hombre y la de la mujer: el cambio. Las mujeres necesitan de todos los instrumentos que han creado para conservar su belleza. Maquillajes, prótesis, extensiones, químicos. Pues su cuerpo biológicamente está hecho para transfigurarse, está hecho para crecer y encogerse. Sus cuerpos son plastilina, pueden ser casi perfectas dependiendo del día. Algunos al mes, sus tetas me resultaban exuberantes, grotescas. Despertaba una mañana con la cara llena de ojeras e hinchazones espontáneas que la cambiaban por completo. Tal vez alguien menos detallista, alguien menos interesado en la estética, hubiese pasado por alto los cambios, pero yo me sentía embaucado. Me molestaba su forma de oscilar de un estado a otro y me aterraba, pues, el peor enemigo de la belleza es el cambio. Una lindeza que poco dura es un fuego artificial, unos segundos de placer visual. Ella me hacía sentir que todo mi esfuerzo por lo hermoso no era más que un juego artificial.

Sabía que no iba poder seguir a su lado. Ella era el recordatorio de que, aunque en el hombre es más lento y paulatino, el cambio en mí se iba a producir, y comencé a observarla como a un reloj de arena, como mi propia cuenta regresiva.

Una tarde, mientras se esforzaba por causarme una erección que no llegaba, a pesar de babearme en halagos, chupando y diciendo que mi pene era hermoso largo y rosado como un

tulipán. Soltó mi miembro defraudada y caminó desnuda a la ventada con sus nalgas más grandes de lo habitual.

Ya no me quieres.

No respondí.

Estoy enamorada de ti.

No respondí.

Tú no me amas.

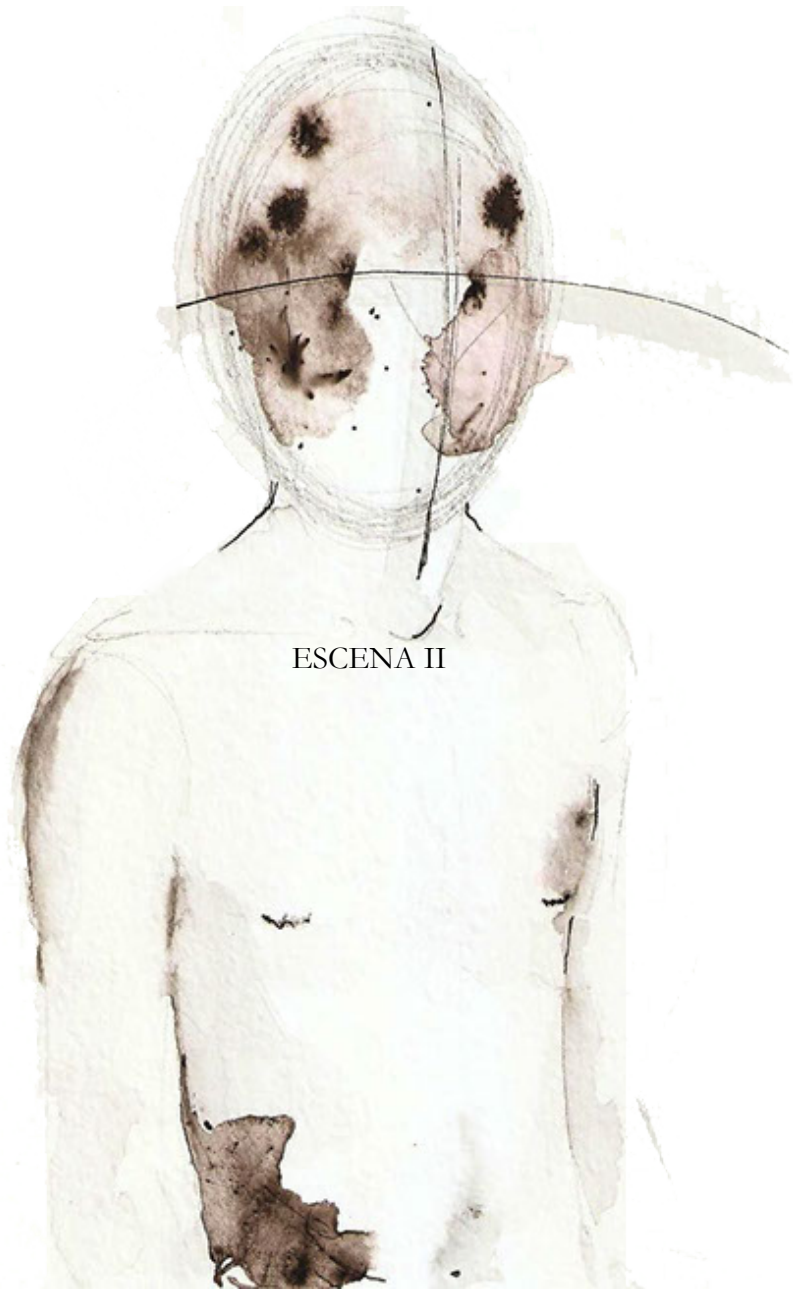
No respondí.

¿Quieres que me vaya?

Respondí.

Se dio la vuelta ofendida y ya la orilla verde de sus ojos ondulaba de aguas saladas, mirándome fijamente, atravesó el vidrio de la ventana con el puño.

Yo grité, intenté acercarme, pero ella no lo permitió. Interpuso entre los dos su muñeca sangrante que chorreaba roja y pegajosa. *¿Mira lo que me haces? Me estás lastimando. Apenas hablaba, ¿por qué me haces esto?* No tenía respuestas, y no me acercaba por el asco que me causa la sangre. *Ojalá te mueras, dijo, ojalá te pongas viejo, dijo.*



ESCENA II

Guindo mi bandolera, una línea negra diagonal en el pecho, porque hoy estuvo nublado, y ese color —en contraste con mi franela blanca que deja asomar mi clavícula como el hueso de algún dios—, destaca la pureza de mis facciones.

Nadie puede adivinar lo preconcebido que soy, sintético en todo el sentido de la palabra. Sé que mis compañeros de trabajo, Martín y Claudia, terminaron turno antes que yo, y aun así esperan en la puerta sólo para despedirse. Es un poco patético, pero he aceptado que la belleza es una corona: causa súbditos.

El clima melancólico de llovizna, paraguas y luz opacamente enferma, me advierten del posible desentono, y me adapto. Bajo la cabeza, introduzco las manos en los bolsillos y voy a la parada modelando una tristeza que da gusto y que arrancaría lágrimas en los cines. No termino de refugiarme bajo el toldo, cuando un BMW rojo se tiene y la puerta se abre dejando ver un rubio, macizo, vaquero como de propaganda gringa.

Cuando dejé a Camila, me juré no volver a fingir que puedo pensar en otra persona además de mí. Mientras mi cuerpo sea un proyecto que amerite toda mi atención, no puedo permitirme el lujo de pensar en otros cuerpos... Sé que intentó llamarme muchas veces, y cuando encontré pedazos enormes de su cabello negro tirados frente a la puerta, no me quedó de otra que avisar a la policía.

La belleza con ácido se cura, dijo sobándose la pelusa que le dejaron las tijeras, para consternación del Sargento Fernández, mientras firmábamos la orden de alejamiento. Y, a pesar de todo el terror y los malos presentimientos, ya ha pasado casi un año y no la he vuelto a ver.

Comencé a frecuentar otra vez discotecas, son galerías magníficas para mostrar el cuerpo en todas las poses que nos concede la música, Raquel y Teresa, amigas, fanes, me rodeaban y entre las dos me apresaban en un aburrido baile sexual frente a la barra. Detecté su mirada. Estaba sentado en un sofá, con un trago vacío en la mano. Era un hombre de rasgos potentes, viriles: mandíbula cuadrada, brazos grandes, sonrisa de corcel, ojos tan azules como piscina clorada. Cada parte de su cuerpo podía ser de un animal y todo revestido en oro, de cabellos de cera, pero lo más sorprendente era que la rudeza de su cuerpo por ser consistente y no dejar partes débiles, combinaba. Yo podía ser una gota atravesada por un rayo de sol, silencioso, contemplativo. Pero él era una chispa, un gemido, poseía la preciosidad de la fuerza.

No pude resistirme. Debía ver más poses, debía saberme ese cuerpo y comprender mejor cómo funcionaba la maquinaria de su imagen, que se presentaba entre luces espectroscópicas y humo de tabaco. Aparté a las chicas que intentaron retenerme en vano y envalentonado por esa mirada poderosa y azul, que no pestañeaba, me paré justo frente a él y un silencio oportuno bañó la escena:

Me preguntaba... dije enganchándome la barbilla con los dedos, un niño curioso, amaba esa pose, *qué tan hermoso te verías chupándome el pene.*

Él se levantó, más alto y ancho que yo, casi retrocedo.

I just thinking the seam thing about you, baby, contestó gruñendo, con aliento de alcohol y menta.

Fue como el encuentro de dos licántropos. Dos salvajes deseosos. El espejo del Líbano repetía cada mordida, cada embestida y cada desgarre sin censurarlos, y por segundos imaginaba que el cristal se fundía como semen. Éramos bellos, sin duda. Pero su cuerpo, sin el refugio de la ropa, dejaba ver algunas cicatrices y músculos asimétricos, que en la sombra de la medianoche podían desdibujarse y ser bastante tolerables. Decidí, mientras lo veía dormir, con los dientes limpios babeando la almohada, que podía tenerlo a mi lado por un tiempo.

Marcel Roht, sin camisa sonrío a la cámara. Una bebida rosada gotea en un paisaje de arenas blancas, se agacha y la recoge, con cara de orgasmo. Tres tragos marcan su garganta y acaricia los seis cuadros perfectos que tiene por abdomen. *Dis—fruta, las frutas.* Repite el eslogan y guiña el ojo. Una voz en off, repite las maravillosas características, *cien por ciento naturales, con las pulpas de las más diversas frutas, y nuestro ingrediente secreto, señores, elaborado por los nutricionistas más selectos de Alemania, el elixir de la manzana de Adán,* a lo que la imagen de Marcel se señala el cuello, *lo único que perderás probando: serán kilos.*

¿Con el espejo no tienes?, pregunto apagando el comercial repetido hasta el cansancio en las pantallas de su carro. Marcel no responde, sólo deja caer su mano sobre mi rodilla. Marcel es un narcisista, necesita la aprobación del público. Necesita que le repitan que es bello y exitoso, que

su empresa de bebidas dietéticas es la mejor y que jamás se ha visto nada que funcione igual. Esa es la principal diferencia, en lo que concierne su búsqueda de la belleza y la mía, pues los típicos narcisistas tienen sed de la admiración de los otros, a mí me es indiferente. Solo necesité los ojos ajenos para empezar a mirarme y a estas alturas nadie sabe más de mi propia belleza que yo. Cuando desentono soy el primero en notarlo, de igual modo cuando brillo, mi única opinión es la que cuenta. El ser admirado no me parece un propósito para ser bello. Esa es otra diferencia entre cualquier narcisista y yo. La belleza sin propósito es una mera característica, en cambio con propósito es un talento y exige una especialización. No me llamaría a mí mismo narcisista, soy más bien un *Narcisólogo*.

¿Estás nervioso?, el acento agringado confunde a cualquiera de su procedencia alemana. *No, no lo estoy, la visita al cirujano es la única oportunidad que tengo de poder deshacerme de eso.* Marcel es al único a quien le he confiado mi desperfecto.

Noche tras noche repetíamos las hazañas sexuales, cada vez menos entusiastas, más planificadas, cambiamos algunos gemidos por palabras, y empleando oraciones en vez de besos o mordisco comenzamos a hilar largas conversaciones. Él me contaba de su familia alemana, su padre creador de la fórmula para bajar de peso usaba en sus batidos, de cómo tuvo que dejar el país por problemas con la policía y establecerse por varios años en california, luego aquí, desde cero, hasta lograr levantar a costa de los kilos ajenos su imperio de brebajes frutales dietéticos. Tenía mucho dinero, más del que imaginé, y me invitó a vivir con él. Yo acepté, pero antes debía mostrarle mi obsesión, y mi defecto.

Saqué una pequeña libreta de dibujos donde le revelé los bocetos de mis extremidades, ponderadas en centímetros, donde se exhibía la perfecta simetría de mis partes. Ni siquiera el *David* de Miguel Ángel gozaba de tales proporciones. Ese era el secreto de mi belleza: la igualdad de mis lados. Derecho e izquierdo tan espejos como ningún humano jamás había logrado tener. Los ángulos pares de mi clavícula combinaban con mi frente y la oreja izquierda estaba espléndidamente diseñada para interactuar con mi pierna derecha. Era increíble, milagroso, era perfecto... bueno, casi.

Tenía que presentarle el detalle que me alejaba de lo divino.

Era un Narciso carente.

Debía mostrarle el defecto de Narciso.

¿Qué significa este círculo rojo?, su mirada fue del dibujo de mi nariz a mi cara, de mi cara al dibujo,

Es mi defecto.

No comprendo. Me acerqué lo más que pude, temblando, asustado de que por fin alguien descubriera la tragedia, el ancla que impide que navegue en las aguas de la perfección.

¿Eso? El corazón se me contrajo, ¿eso?

Lanzó el cuaderno al piso revolcándose en las sábanas como nunca lo había visto. Carcajada, tras carcajada, ahogándose, yo estaba perplejo.

Pero si es una cosa mínima, es una tontería. Me mostré ofendido, cómo se atrevía a desprestigiar mi propia tragedia personal tantos años oculta. Tantos años evitando ser fotografiado o grabado por temor a verme, tanto reunir dinero para intentar deshacerme de él, tanto sufrir por no poder ser perfecto a pesar de estar tan cerca, y él aun así lo llamó una cosa mínima.

Lo corrí de mi apartamento, pero no aceptó creyendo que jugaba, que no era enserio. Sin embargo, al notar que mi humor no mejoró ni mi decisión de extirparlo de mi vida, ofreció como ofrenda de paz ayudarme a eliminar mi defecto, conocía al cirujano ideal y no dejaría cicatrices.

Esa misma noche me mudé con él.

Disfrutas, es una marca que se está haciendo bastante reconocida en el país. Miles de personas con envases en las manos avanzan a diario por las ciudades principales, con ansias de ser menos grasa y más modelos. La tienda más grande ocupa la primera planta de la mansión de Marcel, un edificio sobrio, cuadrado, de una blancura odontológica. La segunda planta, donde vivimos, es propicia a tropezones con muebles aterciopelados, y oscuros, y pinturas no firmadas engalanan las paredes. El cuarto es amplio, geométrico, la cama circular, la ventana da al patio donde se levanta un jardín privado al público y, del otro lado, como ventana confundida que muestra el interior desde un paraíso frutal, está mi espejo del Líbano. Sólo por eso es mi cuarto. Atrás en el jardín, a suerte de invernadero está el laboratorio donde se extrae el elixir de la manzana de Adán y luego se mezcla con la fruta de la preferencia del cliente. Cuando se disecan

con químicos los arbustos prodigiosos, la casa se empantana de un incienso dulzón y la piel de Marcel, hiede a incendio forestal durante días.

Jamás he probado ninguna de esas bebidas, porque he visto que Marcel tampoco lo hace, y no me lo ha ofrecido. Desconozco la naturaleza de las plantas, si es que son plantas y todo no es una pantalla para lo oculto. Sospecho que la bebida quita el hambre, he notado que las personas solamente desean tomarlas, quedan un poco zombis, pálidos, delgados. A diario distingo a cientos comprando hasta diez vasos para todo el día, de manos temblorosas, presumiendo sus doce kilos ausentes, en un mes, en una semana, en tres días, y no logro asociar sus caras ojerosas y decrepitas con la belleza.

Marcel es el creador y la imagen. Visita sucursales y sonrío mucho, a muchos, soborna a otros que hablan de algunos efectos adversos y se siente el rey del mundo cuando lo señalan por la calle como el muchacho de la propaganda. Quiere utilizarme para su propio beneficio, usarme como arma publicitaria. Yo no tengo problemas, mientras me ayude con mi defecto.

Fue así como acordamos visitar al Doctor Theo Segovia.

Me bajo del auto, y ahora sí, se encrespan mis nervios. Si no supiese lo antiestético que luce el espasmo del temblor, temblara. Marcel va detrás de mí. Siento su pesada mano en el hombro y agradezco, ya que afrontaré dos cosas que me aterrorizan: el airar mi desperfecto y los objetos filosos. Asocio a los médicos con cicatrices y las cicatrices me desterrarían para siempre de mi meta.

(Entre actos:

Con todo respeto lector, debo contradecirme: incluiré otra voz. Trasladaremos las cámaras a otros espacios, las ideas vendrán de otra mente. Es cuestión de balance, alguien debe oponerse al dios de este cortometraje, otras imágenes deben negar la omnisciencia del héroe. El punto de vista de esta historia no ha sido más que un cíclope empeñado en una cosa, agreguémosle otro ojo, hagámoslo más humano, verdadero.

También, me gustaría romper un poco la distancia con usted, y preguntar, aquí entre nos, si obligando a la imaginación a ver esta historia a través de un corto, ¿ha causado verdaderamente algún efecto? ¿Ha tenido este “experimento” un sentido acaso? En la medicina la ciencia que estudia las imágenes del cuerpo tiene por nombre imagenología. Es posible que algún día la medicina logre estudiar también las imágenes que creamos en nuestro cerebro, quizá esa ciencia pudiera llamarse imaginología y esclarezca, con escalas y números, cuanta imaginación poseen los individuos, qué tan nítidas son esas imágenes mentales, qué tantos píxeles nos permiten las neuronas. Mientras esta nueva ciencia sea sólo un producto de mi imaginación, no hay forma de acreditarle ninguna validez a este intento, pero... no es lo mismo imaginarse un árbol, que imaginárselo mejor, cierta voluntad ejercemos con la calidad de lo imaginado y de seguro algo distinto, así sea nimio, ha logrado este experimento, traído de los pelos, que pretende medir sin tener escalas.

La imaginación persiste en ser algo inmensurable, no obstante, sabemos que a pesar de proclamarse a viva voz que la imaginación no tiene límites, también conocemos que hay cosas que van más allá de ella, cosas inimaginables. Esa es la prueba de su limitación, de que hay un punto final en alguna parte, y que quizá este punto llegue antes o después, dependiendo de la voluntad neuronal de cada persona, pues la imaginación es otra función orgánica y todas son limitadas, deteriorables y, por consiguiente, mensurables.)



ESCENA III

El doctor Segovia piensa que las personas bellas, a diferencia de las feas, están llenas de defectos. Considera que alguien que posea una nariz ganchuda, orejas de elfo o dientes torcidos, puede señalar, y contar con una de sus manos, que es *eso* que la sitúa al margen de lo convencionalmente agraciado. Puede desear no tener una o dos cosas, porque sus defectos son simples, notorios. Puede mirar a un adonis y declararlo exento de cualquier deuda estética y puede enumerar su propia deuda con números enteros, sin negativos o decimales. Mientras el adonis, absorto por los dientes o la nariz del feo, verá en él los mismos defectos ya contados y creará poder darle la llave de la belleza saldando esas cuentas.

Aunque para él no aplicará la misma lógica. Su cuerpo será balanza de sus buenos atributos, pero las balanzas tienen dos platos. Es aquí donde el adonis depositará una nueva canasta de imperfecciones, cada vez más complejas, absurdas. Imperfecciones exigentes, pequeñas, intolerables, molestas, del tamaño de un poro, del color de una vena, de lo abultado de un párpado, nacerán estos monstruos que no arremeten contra feos, sólo en los hermosos comienzan existir estos defectos peligrosos que abarcan el cuerpo entero. Y lo que no molestaba antes, *las virtutas*, ahora que se es más refinado comienza a entorpecer. Estos son los defectos nacidos de la pureza. El adonis nota su cuerpo como un instrumento imperfecto y cada parte que lo compone comienza a ser su enemigo.

El Doctor Segovia adora corregir los defectos simples y teme a los defectos de la pureza. Cuando éstos aparecen son hidra y sabe no hay bisturí que pueda impedir que crezca otra cabeza, y otra. Es por ello que siente una leve chispa sobándole la columna cuando ve entrar en su oficina el joven purísimo de ojos melancólicos y movimientos suavizados, que lo saluda con una sonrisa demasiado humana para ser real. Casi no nota al otro muchacho y empeora su presentimiento, porque aquél otro hombre brilla, es una bola furiosa de músculos, y éste joven aún con su silencio y serenidad lo opaca. Si el rubio no fuese hermoso, tal vez no habría advertido lo superior del otro, que convierte su entorno —con todo lo que le habita— en sombra. Aun así ese joven se atreve a ser el defectuoso y el doctor comprende que va a ser quizá lo más difícil que ha afrontado hasta ahora.

Ambos están sentados frente a él. El rubio parlotea sobre el clima, sobre el tráfico, hace tiempo mientras espera que el otro se atreva a hablar y el doctor le sigue el juego. Es un ser elocuente, lo ha visto un par de veces en la televisión y su propia esposa es cliente acérrima de

las bebidas milagrosas, se ha hecho amigo del muchacho: Marcel. El doctor se ha topado con él en ocasiones en su casa, sin tener conversaciones mayores de cinco minutos.

Su propia esposa, piensa, sufre de los defectos de la pureza. Lo ha obligado, a practicarle múltiples operaciones, la nariz, los senos, el cuello, creyéndose falsamente más hermosa. Pero para él, es abominable sentir que es capaz de modificar el cuerpo amado, comprender que sólo es carne y puede abrirse y cerrarse, como un muñeco, ha hecho que a sus ojos, ella sea más cosa, más objeto. Este joven, *¿Jamil, dijo?* Quizá no sepa en lo que se está metiendo. Los superficiales no consideran que la profundidad es oscura, pero la superficie es amplia y es posible perderse.

Doctor, interrumpe el monólogo de su compañero, *¿podemos ya empezar a hablar de lo que nos motivó hasta aquí?* Sonríe, y es una vez más escalofrío, *¿será posible que pueda controlar a voluntad los músculos de la sonrisa?* Esa elegancia de dosel al mostrar sus dientes tiene que ser urdida.

Por supuesto, caballero. Saca los lentes del bolsillo de la bata y se los pone, *a ver, dígame.*

Por toda respuesta levanta un dedo y se señala la nariz: esto.

El doctor pide permiso y se acerca algo confundido. La nariz es derecha y suave, ni pequeña ni grande, *¿qué podía hacer él para mejorarla?* *No, no es la nariz,* es un punto específico es, toma el ORL, alumbra, *es eso.*

Me gustaría no tenerlo.

Se quita las gafas y se sienta en el escritorio justo frente al joven. Su corazón late fuerte. La cara es un mapa anatómico de proporciones angelicales, geografía casi imposible. Le duele mirarlo, pero debe.

¿Cuál es tu nombre completo?

Jamil Adb—allab Karim.

Escucha, Jamil, ¿árabe, verdad? Eso que te molesta, sabes que bien podría pasar por una peca, las personas, en realidad, no lo notan. Es muy superficial.

Doctor Theo, casi deja caer el ORL, el tono de voz al decir su nombre provocó que le ardiera la sangre, ¿de verdad usted piensa que yo necesito mejorar algo en mí para agradar más a la gente? No, lo importante es que yo sé que no es una peca. Lo único que puede convencerme de retroceder es una cicatriz.

No quise...

Doctor, interviene Marcel, regalándose una excusa para ya no mirar al adonis, los motivos son bastante personales, ¿ve? Puede o no puede deshacerse del... problema de mi amigo, sin dejar cicatriz.

Por supuesto, anuncia y vuelve a su posición inicial. Hace un par de preguntas de rutina sin mirarle a la cara y se genera discrepancia al momento de la selección de la anestesia. Jamil exige dormir durante el procedimiento, pero el doctor informa que podría acarrear exámenes y complicaciones innecesarias. Marcel procura mediar las partes y sugiere a su acompañante, que al parecer le desagrada la idea de ver como hunden filos en su piel, simplemente que no observe.

Ya se despiden. Al día siguiente se llevará a cabo el procedimiento. Con ánimos de congeniar, el doctor Theo bromea diciéndole que puede cerrar los ojos e imaginarse bailarinas de danza del vientre.

Como usted diga, doctor, responde estrechándole la mano y obligándolo a retener las miradas, no queda aire en el consultorio, sólo no los cierre usted.



ESCENA IV

Cierro los ojos.

Un pinchazo viola mi piel, creo que es leve, causa que sienta la cara como untada de barro frío. Recuerdo el terror que imaginé sentir al exponer la piel a los filos y no lo encuentro, me animo, y antes de que aparezca ahora que no lo espero, procuro distraerme

Me gustaría decirle un par de cosas al doctor. Él, admirador de la ciencia, me apunta cada vez que me mira, y pone en duda mi capacidad de sentir. De seguro me cree tonto. Yo lo sé. Si pudiese definirme, emplearía esa palabra usada tanto por personas falsamente ondas, por personas que creen ser capaces de comprender más de mí, que yo mismo. Me llamaría, estoy seguro: superficial.

Doctor Theo, me parece que usted, y otros tantos, que proclaman ese concepto, al emplearlo en mí se vuelve completamente incomprendible. Me parece aún más superficial, que usted emplee *esa palabra*, sin conocer mis motivos.

Sugiero que convendría cambiar el empleo de la palabra superficial. Es decir, ser superficial no debería ser más que darle importancia a aquello que verdaderamente no la posee. Pero querer ser bello y admirar la belleza física, por encima de otras cualidades, no es superfluo en lo absoluto ¿Acaso llamaría superficial a una persona que contempla los colores en una pintura clásica?, O ¿a aquella que suspira complacida ante un paisaje montañoso o la infinitud del mar? No, pese a coincidir en el mismo sentido, la vista, y en la misma acción, mirar. Para mí, viene a ser lo mismo contemplar un cuadro, un paisaje, o un cuerpo, un deleite divino y hondo que arranca una parte del exterior y la sitúa en la casa etérea del pensamiento humano. Lejana de cualquier superficie. Y si alguno se le ocurre sugerir que lo importante del cuadro o del paisaje es ese sentimiento que transmite, ¡no podría estar más de acuerdo!, ¿no son acaso los cuerpos las antenas parabólicas de los sentimientos?, ¿qué puede transmitir más sentimientos que un cuerpo?, es más, ¿no es el cuerpo el único sitio donde, de hecho, tal cosa como el sentimiento existe? Ya ve, doctor, si quisiera fingir altruismo diría que esa es mi razón de anhelar la perfección, ser el transmisor perfecto. Sin embargo, no creo que nadie desee la belleza perfecta tanto como yo y, por ende, a nadie complacerá más.

Es hasta hilarante ver a los críticos de arte aplaudir esa cualidad de las pinturas de parecer cosas vivas y apuntar con su dedo hipócrita a los modelos que, a diferencia de los retratos, no parecen, son cosas vivas; como si parecer algo tuviera más valor en sí que serlo. ¿Y qué decir de los amantes de los monumentos naturales? Porque, así como las cascadas y las cordilleras, los cuerpos también son construcciones de la naturaleza. Y si, como último recurso, caemos en el menosprecio del instrumento de la contemplación: los ojos. Tan vilipendiados por los pensadores, tan exaltados por los poetas. Ese instrumento del cuerpo que, al parecer, es al único que se le otorga indignidad por causar sensaciones como también lo hacen los otros sentidos. Porque nadie llamaría superficial a alguien por tener buena voz o a quien admire esa voz. Pero sí a alguien con buen físico y a quien se deleite de ello. ¿Quién, entonces, elige que sentido del cuerpo humano tiene más valor? ¿Es el ojo más terrenal que el oído, el tacto o el olfato?, ¿por qué? Si, de igual forma, todos estos caminos de la percepción conducen a la mente. Es absurdo ponderarlos. Situar algunos por encima de otros.

Imagino al planeta dando vueltas en el vacío, azul con un iris verde y me estremezco, váyase con cuidado doctor, que es testarudamente superfluo y vano, menospreciar los ojos.

Despierto.

Todo va a depender de tu capacidad de regeneración, intenta quitarte el vendaje lo menos posible. Tendrás que volver en tres días, a ver cómo has evolucionado. Y si es posible, a quitarte la puntada. No espero ninguna complicación fue todo muy sencillo.

El doctor Theo se muestra mucho más confiado que hace media hora cuando comenzó el procedimiento. Tal vez, tener mi cara amortajada le insufla cierta seguridad. Me receta unas pastillas, por si hay dolor e indica la forma correcta en que debo lavarme para evitar infecciones. No tengo miedo. Nunca he estado tan cerca de mi verdadera imagen como ahora. Me entrega las indicaciones y se extraña de mi silencio:

Ha estado muy callado, imagino que el procedimiento debió asustarlo, ¿en qué está pensando?

Recuerdo todas palabras que quiero decirle, recuerdo todos mis dibujos guardados debajo de mi cama, recuerdo todos mis amantes en una sucesión de rostros que acaban con un puño sangrante, y el gran espejo del Líbano frente a la cama de Marcel.

En nada, respondo y, como si por motivos desconocidos se supusiera que la sincronía física atrofia las neuronas, cuando alguien hermoso afirma no pensar en nada, la gente, por lo general, suele creerlo.

La tienda de ropa está completamente vacía, largos pisos pulidos de granito, luz blanca, cinco espejos en semicírculo, uno a uno los recorro y el resultado es el mismo, me paro frente a ellos y sólo es posible contemplar mi cabello azabache puma, mi nuca, la ve invertida de mis hombros cubierta por una fina tela nívea, mi espalda. Escucho un rumor mojado, alguna cascada, y paso a otro espejo, no consigo mi rostro, me detengo, me busco y consigo mi espalda, comienzo a desesperarme, el murmullo es más fuerte. Una broma pesada tal vez, como si el video de una cámara que apunta mi espalda suplantara mi reflejo, como en algún tipo de cuadro surrealista, un hombre de pie ante cinco espejos donde sólo consigue su espalda. Ya completamente enajenado, golpeo con el puño alguno y cientos de cristales salen disparados al aire, ingravidos, permanecen flotando como lunas de mi órbita, y en cada uno de ellos, estoy yo, pequeñísimo y de espaldas, y es cuando el rumor se aclara como cientos de voces que susurran una palabra: *wahsh, wahsh, wahsh*: monstruo.

Marcel asegura que mi subconsciente me juega esas bromas por el cambio y le resta importancia, tiene bastante con las demandas que ha recibido últimamente. Uno de sus clientes más populares, un actor de teatro, ha muerto de inanición.

Llegamos al consultorio y él espera afuera. Sabe que no permito que me vean la nariz descubierta desde que tengo ese punto rojo donde las puntadas se asoman como las antenas de un insecto.

El doctor Theo mira mi nariz, muy de cerca. Retira con cuidado los puntos y pasa un algodón húmedo que arde. Algo lo cambia. En un trecho de segundo su rostro empalidece de

tal forma, que me impulsa a tomar el espejo del escritorio y mirarme, pero su brazo es más rápido, lo empuja lejos de mí.

No creo que sea apropiado que te mires ahora, su voz tiembla y se apresura a colocarme el vendaje otra vez. Se ha vuelto un tempano pálido y azul. Me pongo en pie, y busco arrancarme la venda.

¡No! Si lo haces te quedará cicatriz, su amenaza petrifica mi gesto, *¿qué sucede?, ¿hizo algo mal?*
Es perfecto, asegura sin mirarme.

Marcel entra desesperado, tan pálido como el doctor, arroja un manojito de billetes frente al médico y me toma del brazo.

Debemos ir a la casa inmediatamente, muchas gracias por todo, doctor. Él lo mira tan confundido como yo. Abre la boca sin tiempo de nada, pues ya Marcel me está sacando a toda marcha de la oficina. Un segundo antes de salir, observo sus ojos oscuros, su piel grasosa, sus lentes de montura negra, todo cadavérico, casi llorando. Tiene los puños en las sienes. Esa es la última imagen del doctor, la de un asesino arrepentido

La carrera loca a casa me distrae por segundos. Marcel grita en el teléfono, ignora semáforos, exige a sus empleados que destruyan todas las plantas del *Elixir de la manzana de Adam* antes que llegue la policía, que preparen maletas. Voy callado, de reojo miro el retrovisor, con ganas de develar mi nariz, pero algo me detiene. Es el rostro del doctor, me genera un miedo acorralado. Marcel, como percatándose de mí por vez primera, cuelga el celular y me susurra que no tema, que vamos a salir de está que ya veré, me besa.

Al cruzarme por la ventana veo el jardín y una columna de humo generada por el incendio de las plantas milagrosas. Marcel corre por la habitación, saca una chaqueta y revisa los bolsillos, extrae un revolver. Murmura tres cosas, dinero, pasaporte, transferencia. Da gritos a los empleados que suben a traerle y llevarle cosas. No presto atención, me aproximo a mi fiel espejo del Líbano, que siempre dice la verdad, que me vio crecer, que esperó conmigo el momento en que pudiera por fin ser más perfecto que narciso. Estoy yo dentro rodeado de frutos, sólo una

mísera gaza en la nariz entorpece al hombre más ideal de la historia. El espejo me llama, me invita a quitármela. Es fácil. no debo temer, alargo el brazo y siento un agarre fuerte, me dan la vuelta.

¿No me estás escuchando?, grita Marcel con los ojos azules y violentos, cubierto de venas rojas , su cara se hincha de rabia, ¿crees que es momento de mirarte al espejo? ¡IMBECIL! Si no nos movemos iremos a la cárcel, es la primera vez que me grita o me insulta y no siento nada, sólo noto que el acento agringado se le ha esfumado, ¡Y YA QUITATE ESO! ¡SÓLO LLAMARÁS LA ATENCION!

De un tirón me arranca el vendaje.

Los dos gritamos. Él se aleja de mí apuntándome y una reguera de orina moja el piso. Está a punto de infartarse, *¡qué te pasa! ¡baja eso!* Logro articular con la garganta atascada de corazón y estómago.

¡Eres un monstruo!, asegura casi llorando y olvidando sus otras urgencias. Sé que ya no piensa en la policía, algo peor está arremetiendo contra su vida y, al parecer, soy yo.

Marcel...

¡Cállate!, ¿qué maldita cosa eres?, pregunta repelido, y dejando atrás las maletas, sale proyectado de la habitación.



ESCENA V

Quedo solo y el cuarto, repentinamente, se torna grande. Siento un vértigo de paredes lejanas, al mismo tiempo que me asfixia la impresión de estar en un rincón con la capacidad de girar hacia la única dirección disponible: el espejo.

Hay una ventana, debe ser otra ventana, o mejor que sea un portal desembocado a un universo donde seres, como el que está frente a mí, son posibles.

Esto no puede ser yo. *Esto* no puede nacer en este mundo, ni puede ser imaginado por nadie, la conciencia humana queda reducida a un perro echado mirando a aquel ser sin poder comprender, definir o clasificar.

Mi reflejo abre la boca sorprendido. La operación fue todo un éxito, ese hombre, para llamarme de alguna forma, soy yo.

¿En qué clase de monstruo me había transformado? Desde un principio construía mi propio camino a la belleza ideal que nada tiene que ver con ser humano. Comprendía ahora que la belleza nunca debe ser ideal, a menos que uno quiera ser algo que no exista. Me he perdido para siempre.

Es cierto: ya no tengo defectos, ya no soy un hombre. Con patadas de ahogado me arranco la ropa buscando un alguien. Tengo pulmones, tengo corazón, pero mi piel me contradice. La hermosura es inefable, ni el David de Miguel Ángel se acerca, ningún cuerpo real o ficticio. La desnudez termina de revelarme un ser desertor de cualquier imaginario. Con la nariz perfecta, pieza fatal del rompecabezas, he roto cualquier lazo antropológico que me defina como especie. Me he vuelto algo terrible. No tengo palabras y temo hablar como si lo que sea pudiera salir de esta boca alienada, pues, ya todo lo que me construye es desconocido, y puede que no conserven las mismas funciones, porque han perdido sus nombres, como si hubiese evolucionado, mejor dicho, mutado en *esto* que misteriosamente piensa como si fuese yo.

Debí pasarle *esto* a Narciso. Es incuestionable que el mito se había equivocado en un detalle vital. La moraleja era otra. Narciso era perfecto y, por tanto, no era humano. Una cualidad asesinaba la otra. Ahora lo entendía, al descubrir su reflejo en el agua, más allá de lo bello, irresistible, no se cayó al río: se lanzó. Sin poder reconocerse en hombre o cosa alguna, prefirió la muerte.

Este es el paradójico defecto de Narciso: no tener ninguno.

El mismo que padezco yo.

Grito, si es que aún puedo gritar, y estrello la cara frente al espejo.

(Estos cuentos terminaron de escribirse en Coro, Venezuela, 2013)

Jesús Amalio Lugo

1992, Coro Venezuela.

Ingeniero Biomédico. Escritor de narrativa y poesía.

Premios literarios

- ❖ Concurso literario Santiván, Chile, 2019 (2do Lugar, relatos) Juegos literarios Gabriela Mistral, Chile 2018 (Mención Honrosa, poesía). III Concurso Nacional de poesía Joven Rafael Cadenas, Venezuela, 2018 (Mención Honrosa). Premio Roberto Bolaño, Chile, 2017 (Mención Honrosa, poesía). I Concurso Bienal de Literatura Lydda Franco Farías, Venezuela, 2014 (3er Lugar cuento breve). Micro Ecocuentos, *Diario Nuevo día*, Venezuela, 2013 (1er Lugar)



<http://lp5.cl/>

<http://lp5blog.blogspot.com>

<https://lp5editora.blogspot.com/>



LP5
EDITORIA



NARRATIVA PARA DESCARGAR